
CIENCIA FICCIÓN
CLARK CARRADOS
EL MERCENARIO

EL MERCENARIO

CLARK CARRADOS

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián Álvarez, 151

BARCELONA **BUENOS AIRES**

Depósito Legal: B. 8.413 – 1969

Printed in Spain - Impreso en España

[image]

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - BARCELONA

CAPÍTULO PRIMERO

Ella era alta, esbelta, de formas generosamente contorneadas, cintura de avispa, caderas de ánfora y piernas largas y perfectamente proporcionadas. Llevaba el pelo teñido según la última moda, es decir, en un tono rosadovioleta que contrastaba agradablemente con el intenso, verde de sus pupilas. Ray Trudno se quedó boquiabierto al verla en el salón de su apartamiento al regresar del baño.

—¿Quién es usted? —preguntó—. ¿Qué hace aquí en mi casa? ¿Cómo ha entrado sin que yo lo supiera?

La joven rió suavemente.

—Hace usted demasiadas preguntas a un tiempo, señor Trudno —manifestó—. ¿Por qué no me invita antes a una copa de uno cualquiera de los maravillosos licores que elaboran ustedes, los terrícolas?

Trudno miró a la joven con desconfianza.

Ella vestía una especie de túnica muy corta, tan corta, que casi parecía una rara especie de chaqueta sin mangas, prendida en el hombro derecho por un valioso broche de oro y piedras preciosas. En torno a su delgada cintura llevaba un cinto de metal plateado, flexible, con una gran hebilla gruesa y negra en el centro, en la que se leían dos iniciales en plata: C.N.

La túnica no cubría por entero el cuerpo de la joven, sino que permitía ver los cortos pantalones de brillante tejido sujetos por el cinturón ya descrito. Unas elegantes sandalias de medio tacón y una pulsera de oro, ancha, gruesa, pesada, con reloj galáctico incorporado, completaban el atuendo de la bella y enigmática visitante de Ray Trudno.

—Está bien —dijo Trudno—. Le daré de beber. ¿Tiene alguna preferencia?

—Jerez, por favor —pidió ella—. Me llamo Camila Nr'teslar.

Trudno se concentró unos instantes.

—Usted es de Hippion, número quince de la Constelación del Cisne —dijo, mientras llenaba la copaparasu visitante.

—¡Qué listo es usted! —alabó ella, riendo—. ¿Cómo lo ha sabido? Mi indumentaria no se diferencia en nada de la de cualquier otra dama terrestre.

Trudno le entregó la copa, quedándose él con otra.

—La partícula «Nr» como prefijo, separado del resto del apellido por un apostrofe, es típica de Hippion —explicó.

—Es cierto —admitió ella. Probó el vino—. Estupendo, señor Trudno. ¿Le importa que me siente?

Trudno la miró críticamente de pies a cabeza. Aunque ella era alta, él sobrepasaba su cabeza en más de medio palmo. Era un hombre todavía joven, de una edad fisiológica de veintiocho años y temporal de cuarenta, fornido, ancho de hombros, con noventa kilos de peso, una aparente pesadez corporal y una real rapidez de felino en sus movimientos cuando el asunto lo requería. Piel atezada, pelo negro y ojos del mismo color completaban la descripción física del dueño de la casa.

—Encantado —dijo, un segundo más tarde—. Su visita, no por inesperada, deja de ser menos agradable.

—Gracias —dijo Camila, sentándose indolentemente en un cómodo diván de color rojo estridente, con gran despliegue de sus bellas extremidades inferiores—. Francamente, no creí ser objeto de un recibimiento tan entusiasta.

—Sólo han faltado los niños de las escuelas cantando himnos y agitando banderitas.

—Muy gracioso —dijo ella, sin dejar de sonreír—. Señor Trudno, ¿le interesaría ganarse diez millones de talentos, moneda galáctica?

Trudno parpadeó.

—Es una suma mareante —confesó.

—Podría ser suya —propuso Camila.

—¿A cambio de qué? —preguntó él—. No me la va a regalar por mi bello palmito, ¿verdad?

—Claro que no. La recibirá por jugarse la vida.

—Ya me parecía a mí —gruñó Trudno—. Verá, mi distinguida señorita Nr'teslar… ¿O es señora?

—Señorita —puntualizó ella.

—Bien, pues, señorita, iba a decir que diez millones de talentos pueden ser considerados como una gran suma o como una futesa; depende de las cosas que haya que hacer para ganárselos.

—Jugarse la vida, ya se lo he dicho. ¿O no es usted uno de esos tipos que arriesgan el cuello por ganar dinero?

Trudno parpadeó.

—Sabe usted mucho de mí, señorita Nr'teslar —dijo.

—Me he informado antes de venir a verle —manifestó ella.

—Por cierto, todavía no me ha dicho cómo entró…

Camila tocó con la mano el cinturón de su vestido.

—Traslación instantánea —explicó.

—Ah, ya. Así que diez millones.

—Sí.

—¿Por…?

—Por realizar misiones propias de su oficio, señor Trudno.

—¿Sabe usted cuál es?

—Sí. Usted es un mercenario espacial.

—Pero no un asesino a sueldo, tengámoslo bien presente. A mí se me contrata para cualquier misión dificultosa, rescates, búsquedas, exploraciones, protección de cargamentos valiosos…, pero no he aceptado jamás un talento por asesinar a nadie.

—Sin embargo, en alguna ocasión ha tenido que matar.

—Defensa propia —justificó Trudno sin pestañear—. Siempre fui absuelto en la investigación posterior.

—Y siempre, que yo sepa, realizó con éxito todos los encargos que le fueron encomendados.

Trudno se inclinó ligeramente.

—No puedo quejarme de mi suerte —contestó—. ¿Puedo saber en qué consiste mi trabajo?

—Sí —dijo Camila, mirándole fijamente—. Su trabajo consistirá en ganar una guerra interplanetaria.

* * *

Durante algunos segundos, Trudno creyó que había oído mal.

—¿Una guerra interplanetaria? —repitió.

—Exactamente —corroboró su visitante—. Acaba de declararse la guerra entre Hippion y Khammys, número dos de Alfa de Caryna.

Trudno se pasó una mano por la cara.

—Una guerra entre planetas… —murmuró—. Eso implica a miles de millones de personas, tal vez decenas de miles de millones…

—No, sólo a dos. Usted no conoce nuestras costumbres, ¿verdad?

—Todas no, desde luego.

—Bien, en ese caso debe saber que, desde tiempo inmemorial, en el Sector X de la Galaxia, cuando dos planetas entran en conflicto bélico, lo resuelven por medio de un duelo entre dos personas, cada una de las cuales representa a uno de los bandos en lucha. El ganador… gana también la guerra. Sencillo, ¿no?

Trudno estaba pasmado.

—¡Pero yo no soy hippionita! —exclamó.

—Nadie lo pone en duda —dijo ella sonriendo—. Sin embargo, nuestras costumbres nos autorizan a contratar a la persona que estimemos puede defender mejor nuestra causa. Por eso lo hemos elegido a usted, señor Trudno.

—¿«Hemos elegido»? —repitió él—. ¿Quiénes?

—Soy la secretaria del Primer Viceministro de Defensa, Bocq Nr'swinl, en cuyo nombre y representación actúo para conocer su decisión, señor Trudno.

—Ah, sí —recordó Trudno de pronto—. He leído que Nr'swinl está en la Tierra. Viaje de cortesía, creo.

—Ése es el motivo oficial. El motivo real es usted, señor Trudno. ¿Acepta?

Trudno se acarició la mandíbula durante unos segundos.

—La verdad, no había oído nunca nada semejante.

¿He de luchar yo contra un adversario… y ganarles la guerra?

—Sí.

—¿Por qué no eligen ustedes a uno de los suyos?

Camila sonrió.

—Ustedes están acostumbrados a luchar. Todavía se encuentran en la fase expansiva; continuamente realizan exploraciones, descubren nuevos mundos, nuevos sistemas planetarios, asientan

colonias por todas partes… Nosotros, los hippionitas pertenecemos a una raza que, aunque no lo parezca por ahora ni se nota en mil años, ha iniciado ya un lento proceso regresivo.

—En suma, que están en decadencia.

—En el principio del principio de la decadencia. Hace ya cientos de años que un hippionita no emplea un arma.

—No está mal —gruñó Trudno—. Así debiéramos ser nosotros también.

—Pasarán muchos siglos antes de que lleguen a nuestro estado. Entonces, se iniciará su decadencia.

—Pero, de momento, tengo que ganarles la guerra.

—Sí.

—¿Cómo?

—Los medios quedan a su elección. La recompensa citada será el pago por sus servicios. En cuanto a la cuestión económica, no debe preocuparse. El Banco Planetario Hippionita tiene sucursales en cualquier punto donde haya una estación espacial. Cualquiera de esas sucursales le facilitará a usted la suma que necesite para sus gastos.

—No lo entiendo —confesó él—. Si he de luchar contra un solo hombre, ¿para qué necesito ir de planeta en planeta? Imagino que la pelea será en algún lugar público…

—Puede que sí, puede que no, pero no hay campo de batalla definido ni delimitado. Lo mismo puede entablarse la pelea aquí, en este cuarto, que en los límites de la Galaxia. Usted tendrá que buscarse su adversario… o escapar de él para tenderle una encerrona. Todas las armas y todos los medios están permitidos.

—¿Incluso matarle por la espalda?

Camila dejó de sonreír.

—Es preciso ganar la guerra —contestó significativamente.

—Entiendo —musitó Trudno—. ¿Quién es mi adversario?

—Lo siento. Khammys no lo ha designado todavía.

—Es de suponer que ustedes me comuniquen su nombre cuando conozcan su identidad.

—Por supuesto, señor Trudno.

—Una cosa más, señorita Nr'teslar. ¿Cuáles son los motivos de ese conflicto?

—Habrá de permitirme que guarde silencio sobre ese tema, al

menos por el momento.

—Pero ¿y si Khammys lo hace público?

—Eso es cuenta de ellos, no nuestra —respondió Camila fríamente—. ¿Puedo contar con su colaboración, señor Trudno?

Hubo una ligera pausa de silencio. De pronto, él dijo:

—Acepto, con una condición.

—¿Sí?

—Rehúso los diez millones. Quiero otra recompensa.

—¿Cuál? —preguntó Camila.

—¡Usted!

Ella se sofocó violentamente.

—¡Oh! ¡Grosero! Pero ¿qué se ha creído usted…?

Trudno se echó a reír.

—Es usted la que se ha creído cosas que no son. Usted será mi recompensa, porque nos casaremos cuando haya ganado la guerra.

Camila pareció sentirse algo más aliviada.

—¡Pero si no le amo! —exclamó, a pesar de todo.

—Acabará queriéndome —dijo él con sorna—. Ya ve, yo me he enamorado de usted a primera vista y presiento que ya no podré olvidarla jamás.

Camila meneó la cabeza.

—Ustedes, los terrícolas, no tienen remedio —dijo—. Se puso en pie—. Podremos dar la noticia a la prensa.

—¿De nuestro próximo matrimonio?

—¡De su contrato! —estalló Camila.

Trudno se echó a reír.

—Si lo creen conveniente… Pero quiero que me comuniquen el nombre de mi adversario apenas lo conozcan.

—Descuide. Lo sabrá usted antes que nadie —afirmó ella. .Y, de repente, con el auxilio de su cinturón de traslación instantánea, desapareció con la misma rapidez empleada para su llegada.

Capítulo II

Los titulares delos periódicos televisados eran escandalosos:

> *¡Guerra interplanetaria! ¡Dos planetas en conflicto bélico! ¡La más original guerra de todos los tiempos! ¡Un terrestre, encargado de defender los intereses de Hippion!*
>
> *Por el momento, se desconocen los motivos del conflicto. En la embajada hippionita se niegan a facilitar informes sobre el particular.*
>
> *El embajador de Khammys, el otro planeta implicado en esta original guerra, ha manifestado que la insaciable codicia hippionita es la causa del conflicto y que…*

Trudno cerró el televisor, asqueado.

Ahora lamentaba haber dado su palabra a una empresa que, mirada fríamente, no era sino un disparate.

¿Por qué no eran más claros los hippionitas? El conflicto debía de tener un origen bien definido. No podía ser muy limpio cuando preferían callarlo.

—En resumen —dijo—, me he dejado embaucar por los bellos ojos de una hippionita.

Sonó el visófono. Trudno dio el contacto.

—Habla Bulker, del «Galaxy» —dijo una voz masculina—. Señor

Trudno, ¿querría usted concederme una entrevista en exclusiva? Mi periódico estaría dispuesto a…

Trudno cortó la comunicación.

—¡Al infierno! —exclamó.

Se puso unas gafas negras y salió a la calle. Su imagen había sido publicada en la televisión y ahora era uno de los hombres más conocidos de la Tierra.

Caminó sin prisas a lo largo de la acera. Hacía una mañana estupenda y daba gusto tomar el sol.

Gente rara la de aquellos planetas, se dijo, mientras caminaba sin rumbo fijo. Ahora iban a librar una guerra, con un solo combatiente por bando. El perdedor podía morir y el planeta derrotado se sometería al dictado del vencedor y aceptaría todas las condiciones que éste quisiera imponerle.

—Es el signo de los tiempos —se dijo—, y en medio de todo, no está mal, porque antes, en las guerras, tomaban parte y morían miles y aun millones de seres humanos. Ahora, con dos que peleen, es más que suficiente.

Al cabo de un rato, sintió sed. Un bar le salió al paso a poco. Abrió la puerta y se dirigió al mostrador automático, en donde una máquina le sirvió una fresca jarra de cerveza.

Bebió un par de tragos. De pronto, una pesada mano se abatió sobre su hombro.

—¡Hola, hombre famoso! —dijo un vozarrón a sus espaldas.

Trudno se volvió. Una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Hola, Frankie —saludó—. Te invito a beber.

—Acepto —contestó el individuo sin vacilar—. He leído los diarios televisados. Ése es un encargo de los que le hacen poner a uno los ojos en blanco, Ray.

—Té lo traspaso, si quieres, Frankie —sonrió Trudno.

Frankie D'Arly sacudió la cabeza.

—No, gracias. Aceptaría de buena gana, pero tú perderías tu fama. Eres mi amigo y te estimo, Ray.

—Gracias, Frankie.

—Pero eso no quita para que te envidie. Es el encargo ideal para un mercenario. ¿Quién te buscó,Ray?

—Una… una empleada del Ministerio de Defensa de Hippion. Me hizo la proposición y acepté, eso es todo.

D'Arly se echó a reír. Era un hombretón enorme, de más de dos metros de alto y ciento veinte kilos de peso, pero también muy ágil. Su fama como mercenario no era inmerecida. Trudno lo conocía bien y sabía que pocos podían enfrentársele con éxito.

—¡Ministerio de Defensa! —exclamó D'Arly, con la carabañadaen lágrimas a causa de la hilaridad que le había acometido—. Un ministro, varios viceministros, cuarenta subsecretarios, un batallón de chupatintas… ¡y todo ese personal para un solo soldado! Graciosísimo, ¿no? Es la cosa más chistosa que he oído en los días de mi vida, créeme, Ray.

Trudno rió también, aunque sin tanta convicción.

—Bueno, Hippion es un planeta muy rico y puede permitirse esos lujos —contestó.

—Y tú eres afortunado. Si ganas la guerra, ya no tendrás necesidad de trabajar más para vivir… porque me imagino que los hippionitas te habrán pagado bien. Un millón, por lo menos, ¿eh?

—Un poco más, Frankie. Diez millones.

D'Arly parpadeó.

—Ray, si no fueses tan buen amigo mío, te asesinaría para quedarme con tu encargo —dijo—. Por la misión que más he cobrado recibí doscientos mil talentos… y aun tuve que pagarme yo los gastos. ¡Y a ti te pagan diez millones! ¡Por todas las novas de la Galaxia, estoy atónito!

Trudno sonrió modestamente.

—Un poco de suerte —dijo—. Pero también puedo morir y entonces ese dinero no me servirá de nada, Frankie.

—Ganarás —afirmó D'Arly convencido de lo que decía—. Los hippionitas saben bien lo que se hacen al elegirte como defensor de sus intereses. Bien, me marcho, Ray.

—Celebro haberte visto, Frankie.

—Digo lo mismo. Me quedaría un poco más contigo, pero tengo algo de prisa. Un encargo, ¿sabes? Cincuenta mil miserables talentos: yo no soy un mercenario de fama como tú. Adiós, Ray.

—Adiós, Frankie.

Trudno depositó las jarras en la cinta transportadora que las conduciría a la lavadora automática y luego abonó el importe en la caja registradora. Salió a la calle y, considerando que ya se había paseado bastante, decidió regresar a su casa.

Camila Nr'teslar podía llamarle de un momento a otro para darle las últimas instrucciones.

Llegó a su casa y abrió la puerta. De repente, se detuvo en seco, sin atreverse a franquear el umbral.

Estuvo unos segundos inmóvil. Todo parecíanormal, nada se veía fuera de su sitio, pero el instinto le advirtió de que alguien le había preparado una trampa mortal.

* * *

Recorrió con la vista la estancia que era, a la vez, salón, comedor y, por la noche, dormitorio. Era una pieza bastante espaciosa, de diez por ocho metros, dividida en dos planos, uno de los cuales estaba situado a metro y medio de altura sobre el otro.

El plano más alto era rincón de descanso. El ambiente climatizado a la perfección permitía que el ocupante del piso pudiera dormir sobre el diván, sin mantas ni sábanas, simplemente con cambiarse de ropas. Pero la trampa estaba mucho más cerca.

Un mercenario tenía que vivir siempre con los cinco sentidos bien despiertos. A veces, una misión ejecutada meses y aun años antes, solía tener consecuencias muy posteriores. Trudno conocía casos de desquite o venganza realizados años después de un encargo.

Por tanto, Trudno cuidaba especialmente de sus cinco sentidos y seguía cursos periódicamente intensivos para su desarrollo. Podía leer fácilmente al tacto incluso en una hoja mecanografiada corrientemente; distinguía entre miles de sabores; era capaz de oír una conversación hecha en tono normal a ciento cincuenta metros de distancia; tenía una vista de lince y un olfato que habría dado envidia a un experto en perfumería.

Su casa olía a presencia extraña. Alguien, un intruso, había estado allí durante su estancia.

Era un olor masculino, dedujo en el acto. El intruso usaba un fuerte perfume, pero no había conseguido enmascarar el olor natural de su cuerpo. Sudaba demasiado, se dijo.

Entrecerró los párpados. De pronto, distinguió una finísima línea

que cruzaba la habitación de lado a lado, situada a unos diez centímetros del suelo y a dos metros de la puerta.

Era un hilo metálico, mate. Trudno se agachó y lo examinó con todo cuidado. Su grosor no era superior a dos o tres centésimas de milímetro.

Se abstuvo cuidadosamente de tocarlo. El menor roce podía disparar la trampa.

— ¡Pero la guerra no ha empezado todavía! —masculló en tono disgustado.

Siguió con la vista la dirección del cable. Uno de sus extremos estaba sujeto a la pared, probablemente pegado con algún adhesivo rápido. El extremo opuesto acababa en la pata de un sillón.

Trudno dio la vuelta al sillón. La trampa continuaba allí; era preciso desarmarla.

Pero desconocía qué clase de trampa le habían montado. ¿Gas venenoso? ¿Un explosivo?

Examinó el sillón centímetro a centímetro. De pronto, en el respaldo, divisó una finísima costura en el tapizado. Aquella costura no procedía de la fábrica.

Empujó el sillón hacia adelante. El cable perdió tensión. Trudno respiró aliviado.

El resto resultó ya más fácil. Deshizo el respaldo del sillón. El aparato que encontró en su interior le dejó atónito.

Era una máquina de traslación instantánea, por proyección, en lugar de por contacto, como el cinturón que usara Camila Nr'teslar. La descarga de la máquina le habría enviado fuera de su piso…

¿Adonde?

Un sujeto como Trudno debía conocer bien todo género de aparatos e instrumentos tanto para el ataque, como para la defensa y para el transporte y comunicación. La máquina de traslación instantánea tenía su programadora propia.

Trudno decidió conectar el destino que le había preparado su asaltante. Antes de empezar a trabajar, sin embargo, conectó el canal informativo audiovisual, en lugar del lector.

Mientras desmontaba el aparato, escuchaba las noticias, acompañadas de imágenes, las cuales, sin embargo, no veía, enfrascado en su labor. Durante largo rato, se ocupó exclusivamente de su trabajo.

De pronto, el locutor dijo:

—Ya se conoce el nombre del otro contendiente que intervendrá en la guerra interplanetaria…

Trudno alzó vivamente la cabeza y suspendió su labor durante unos momentos. En la pantalla pudo ver la imagen de un sujeto cubierto con un capuchón negro, que más parecía una segunda piel.

—Según las reglas del juego —continuó diciendo el locutor—, el adversario de Ray Trudno ha pedido mantener el incógnito, físico, aunque ha dado un nombre, como es preceptivo mínimamente. El rival de Trudno por la victoria en esta singular guerra es Jan Cortel y ha manifestado hallarse seguro de derrotar a su adversario en quien, no obstante, reconoce excepcionales cualidades de valor e inteligencia…

—Conque Jan Cortel, ¿eh? —murmuró Trudno a media voz.

Buceó en su memoria.

Era un nombre completamente nuevo para él.

—Un seudónimo —decidió a poco—. De otro modo, no tendría sentido ocultar la cara. —Sonrió satisfecho—. Lo cual significa que le conozco. Él lo sabe y no quiere que yo adivine su identidad.

Hizo un gesto y continuó su tarea.

Minutos más tarde, había desmontado la programadora. Un rápido examen de la cinta perforada le hizo conocer el destino que su atacante le había preparado.

—El espacio exterior —murmuró.

De no haber reparado en la trampa, habría sido proyectado instantáneamente fuera de la Tierra. Su muerte se habría producido en segundos.

—Eso es querer ganar la guerra antes de celebrarse la primera batalla —masculló.

El «ding-dong» del visófono distrajo su atención.

Se acercó al aparato y dio el contacto. La cara de Camila apareció en la pantalla.

—¿Conoce la noticia? —preguntó ella, sin más trámites.

—Sí, señorita Nr'teslar.

—¿Y a su adversario, Jan Cortel?

—Supongo que sí, pero no puedo figurarme por ahora quién es. Cortel es un seudónimo, seguramente, o no se habría ocultado la cara.

—Lo mismo pienso yo —repuso Camila—. Bien, venga a la Embajada. El primer viceministro quiere verle. Debe recibir las últimas instrucciones, señor Trudno.

—Y emprender la guerra inmediatamente.

—Así es —confirmó ella.

—Curiosa guerra, de uno contra uno, ¿no le parece? —dijo Trudno sonriendo—. Bien, iré lo antes posible, señorita Nr'teslar.

Capítulo III

Camila vestía de la misma forma, salvo que no llevaba cinturón traslatorio y que el color de sus ropajes era rosa fuerte. Alargó la mano hacia Trudno y sintió un vivo cosquilleo en todo el cuerpo.

—¿Qué es eso? —preguntó, extrañada.

Trudno se abrió la chaqueta holgada que cubría su cuerpo y enseñó un cinturón de aspecto corriente.

—Un escudo de energía —contestó—. La energía que me envuelve aumenta su potencia en proporción directa a la velocidad de los objetos dirigidos contra mi cuerpo.

—No le entiendo —dijo ella, arqueando las cejas.

—Es bien sencillo. Usted alargó su mano para estrechar la mía. Fue un objeto que se me acercó a velocidad moderada. Probablemente, de haber intentado apuñalarme, el escudo de energía la habría derribado al suelo, puesto que el movimiento de su brazo habría sido mucho más veloz.

—Ahora sí comprendo —contestó Camila—. ¿Qué habría pasado, por ejemplo, con una bala corriente?

—El escudo la hubiera vaporizado. A mayor velocidad, mayor energía.

—Desde luego. Pero ¿por qué hace eso, señor Trudno?

—Sencillamente, para protegerme; acabo de ser objeto de un atentado.

Camila se asombró.

—¿Han querido matarle?

—Sí. Prepararon una trampa en mi casa. De no haberme dado cuenta, hubiera salido proyectado al espacio.

Los ojos de la joven se oscurecieron.

—La guerra no ha empezado todavía —murmuró.

Trudno se encogió de hombros.

—Empezó apenas se hizo pública la noticia —contestó.

—Esos traidores de Khammys… —dijo ella rabiosamente—. Bien, espere aquí; voy a anunciarle al primer viceministro. Está con el embajador.

—De acuerdo.

Trudno quedó solo unos momentos en el antedespacho de la embajada. Era una vasta estancia, lujosamente amueblada, según el estilo hippionita. Cómodos sillones, de formas audaces, tapicerías de suaves colores y una alfombra que parecía mosaico flexible y cálido.

Camila tardó casi diez minutos en aparecer. Abrió la puerta y se quedó a un lado.

—Su excelencia le aguarda, señor Trudno —anunció.

Trudno cruzó el umbral. Había dos hombres en el despacho. Uno de ellos le era conocido y estaba en pie junto a la mesa de despacho. Era el embajador.

El otro era un sujeto alto, estirado, de cejas picudas y cráneo absolutamente mondo. Sus pupilas parecían brasas encendidas.

—Excelencias —saludó Trudno respetuosamente.

—Usted es el hombre que nos va a defender —dijo el primer viceministro.

—Así es, señor.

—Supongo que mi secretaria le habrá hablado de los riesgos que va a correr.

—Sí, señor. Pero si su excelencia me permite…

Nr'swinl alzó una mano.

—Espere —dijo secamente—. Antes quiero saber si se ha dado cuenta de la grave responsabilidad que ha contraído. La suerte de doce mil doscientos millones de personas, población actual de Hippion, está en sus manos.

—Trataré de ganar la guerra…

—Tratará, no; la ganará —cortó el viceministro con voz tajante —. La ganará porque así lo necesita mi planeta.

—Soy humano, excelencia —se defendió Trudno—. Imagino que mi rival no será torpe.

—Sea como sea, usted tiene que ganar —insistió Nr'swinl—. ¿Y sabe por qué?

—Excelencia, todavía no conozco los motivos de ese conflicto.

—Khammys nos ha acusado injustamente de ambiciosos. Eso no es verdad. Los ambiciosos son ellos.

Trudno no quiso decir nada. Era una cantinela oída demasiadas veces para concederle excesivo crédito.

—Si perdiéramos la guerra, Khammys nos exigiría un tributo anual de diez talentos por habitantes —continuó Nr'swinl—. Eso significaría un total de ciento veintidós mil millones de talentos. Nuestra economía no está en condiciones de soportar tan terrible carga.

—¿Y si, a pesar de todo, perdieran la guerra, pero ustedes no pudieran pagar?

—Khammys se cobraría la deuda, apoderándose de la provincia de Hippestes —contestó el viceministro—. Es la menos poblada, pero también la más rica.

—Entiendo —dijo Trudno—. Ahora, dígame su excelencia: ¿qué exigirán a Khammys si ganan la guerra, como espero?

Nr'swinl se mordió los labios. Trudno advirtió su vacilación.

—Nosotros —contestó el viceministro tras una pausa—, exigiríamos a Khammys el traspaso de propiedad de su satélite Khamm III.

—¿Qué hay en Khamm III? —preguntó Trudno.

—¡Eso no le importa a usted! —contestó Nr'swinl con cierta violencia—. Su deber es hacer y ganar la guerra, señor Trudno.

—Muy bien, excelencia. Ahora me gustaría saber cómo surgió el conflicto.

—Es justo —admitió Nr'swinl—. Nosotros propusimos a Khammys la venta de su satélite. Khammys se opuso y nos declaró la guerra, sin más, basándose en que aquella propuesta era un casus belli.

Trudno se asombró.

—¿Proponer la compra de un satélite lo consideraron de esa manera? —exclamó.

—Así es —confirmó el viceministro. Claramente se veía que no tenía ganas de dar muchas más explicaciones—. Khammys nos declaró la guerra, como he dicho, y exigió tal compensación económica o la cesión de la provincia de Hippestes. Naturalmente, no nos ha quedado otro remedio que recurrir a la defensa. Si perdiéramos la guerra, el tributo se incrementaría anualmente, en un uno y medio por ciento, que es nuestra tasa de natalidad media.

—Quedan las defunciones —dijo Trudno.

—El uno y medio es un porcentaje limpio, neto

—afirmó Nr'swinl—. Calcule usted el uno y medio de ciento

veintidós mil millones de talentos, teniendo en cuenta que sería un interés acumulativo.

Trudno se espantó.

—¡Mil ochocientos treinta millones más cada año!

—exclamó, tras un rápido cálculo.

—Sólo el primer año; al siguiente, sería preciso hallar el uno y medio por ciento de ciento veintitrés mil ochocientos treinta millones y así sucesivamente. Comprenderá, pues, que los diez millones que le vamos a pagar a usted son una futesa comparados con lo que habremos de abonar si perdemos la guerra.

—¿Y eso… durante mucho tiempo?

—Veinticinco años.

—Excelencia, hay algo que no entiendo —dijo Trudno—. Imagínese que ustedes no aceptan el estado de guerra ni, por lo tanto, el pago de un tributo que estimo injusto. ¿Cómo podría Khammys obligarles a ustedes a pagar? O, viceversa, ¿cómo les obligarán ustedes a entregarles el satélite?

—La Federación del Sector X de la Galaxia, a la cual pertenecemos ambos planetas, tiene ya conocimiento del conflicto. La Federación no intervendrá, a menos que un planeta se niegue a cumplir los términos acordados tras su derrota. Entonces, se produciría un feroz bloqueo, que ahogaría, así, literalmente, al derrotado, en pocas semanas.

—Comprendo. Y sus leyes, supongo,prohíbenque en ese conflicto intervengan más de un combatiente por bando.

—Son las leyes de la Federación. Cualquier gobierno que las vulnerase acarrearía instantáneamente la destrucción de su planeta.

—En resumen, que nosotros, los terrestres, somos simples pigmeos comparados con ustedes.

—Así es —reconoció Nr'swinl con orgullo.

—Bien, señor —dijo Trudno—, haré todos los posibles para que Hippion gane la guerra.

—No tendrá queja de nuestra generosidad —aseguró Nr'swinl, al mismo tiempo que alargaba un sobre a Trudno—. Ahí tiene usted señalada su próxima etapa, después de salir de la Tierra. Es probable que se encuentre allí con su adversario. Si así fuera, mátelo.

Trudno miró asombrado a su interlocutor.

—¿Cómo saben ustedes…?

—Tenemos un excelente servicio de información —respondió Nr'swinl sibilinamente.

—Ah —murmuró Trudno. Guardó el sobre en el bolsillo—. ¿Eso es todo, excelencia?

—Nada más, salvo que los medios que ha de emplear son cosa suya… y esperamos sean eficientes.

Trudno se inclinó ligeramente.

La audiencia había terminado.

Al volverse para salir, vio a Camila en pie, cerca de la puerta.

La joven permanecía impasible. Trudno cruzó el umbral. Camila salió tras él.

—Buena suerte, Ray —dijo, llamándole por su nombre.

—Gracias, Camila. Conseguiré los tesoros de Khamm III.

Ella se asombró.

—¿Cómo sabe que hay allí… tesoros? —preguntó.

Trudno sonrió.

—No vale la pena provocar un conflicto por un pedrusco cualquiera, ¿verdad?

—Es usted muy listo, endiabladamente listo, Ray.

—Sé deducir, simplemente, Camila. A mi vuelta pediré su mano.

—Es usted un tonto presuntuoso. ¿No sabe que me voy a casar?

—¿Con un hippiano?

—No iba a casarme con un terrestre —contestó ella desdeñosamente.

—¡Racista! —la apostrofó él.

Y luego, sin más, se dirigió silbando hacia la salida.

* * *

Una vez de vuelta en su casa, Trudno abrió el sobre que le habían entregado en la embajada hippiana.

Dentro del sobre había una simple octavilla y unas cuantas palabras mecanografiadas:

T. Snazz, «Mil Estrellas Rojas», Asbro,

Nogan II Centauro.

Trudno entendió fácilmente el sentido de la frase.

T. Snazz era el nombre de una persona. «Mil Estrellas Rojas» se refería a algún establecimiento. Asbro era el nombre de una ciudad de Nogan II, planeta de Centauro.

Trudno conocía Asbro bastante bien. Era un centro comercial interestelar de mucho movimiento, una ciudad próspera donde podían verse personas y mercancías de mil planetas distintos. Bien, se dijo, para su primera batalla ya le habían elegido el campo.

Se aprendió de memoria el mensaje y lo destruyócuidadosamente. Era preciso reconocer, al menos por lo que acababa de saber, que el servicio de información hippionita funcionaba satisfactoriamente.

Apenas había terminado, oyó que llamaban a la puerta.

Conectó el escudo de energía. Era preciso prevenirse desde el principio.

Abrió. Un hombre, con el uniforme de las Patrullas Terrestres del Espacio, apareció ante sus ojos.

—Soy el capitán Álvarez —se presentó—. Tengo un encargo para usted, señor Trudno.

—Pase, capitán —accedió el dueño del piso.

Álvarez cruzó el umbral, con la gorra del uniformebajo el brazo. Miró al joven y dijo:

—Usted va a guerrear por cuenta de Hippion.

—Eso es cosa sabida, capitán —sonrió Trudno.

—Bien, se trata de advertirle de que no debe iniciar ningún combate sino hasta después de haber abandonado los límites del espacio territorial del sistema solar. Esos límites, usted no lo ignora, alcanzan, según los convenios interestelares, a tres meses luz más allá del apogeo de la órbita de Plutón. Cualquier contravención a esta orden, que es oficial, acarrearía la destrucción inmediata de su nave… con usted dentro.

Trudno no pestañeó siquiera.

—Supongo, capitán —dijo—, que esa misma orden habrá sido transmitida a mi contrincante.

—Supone usted bien, señor Trudno. Esa advertencia se refiere también, obvio es decirlo, a la superficie terrestre.

—Pena de muerte si me peleo aquí con mi rival, ¿no?

—Justamente, señor Trudno.

—Entonces, capitán, quizá le convenga saber que mi antagonista ha iniciado ya la guerra. Aquí, en mi propia casa.

Álvarez se quedó atónito. Trudno le entregó la máquina de traslación instantánea.

—Tome usted, capitán; llévese este trasto —invitó—. Es una lástima que no pueda probar que Jan Cortel intentó enviarme al espacio sin escafandra; de lo contrario, la guerra se habría terminado ya.

Capítulo IV

La nave estaba a punto, revisada por el personal del astropuerto. No obstante, y en vista de las circunstancias, antes de despegar, Trudno hizo una revisión a fondo del aparato, hallando que no había a bordo ninguna bomba de relojería ni otro artefacto capaz de hacerle volar en pedazos sin enterarse siquiera.

Los motores se hallaban asimismo en perfecto estado. En cuanto a la despensa, tenía provisiones para un año. La nave era amplia y no padecería en ella agobios de espacio, ni correría el riesgo de padecer de los nervios a causa de la monotonía producida inevitablemente por la soledad.

Por otra parte, el viaje a Asbro sería relativamente corto; un par de semanas, como máximo. Forzando la marcha, incluso podía llegar en la mitad de tiempo, pero no convenía correr riesgos innecesarios.

Para ir a su primer punto de destino, tendría que viajar por el subespacio. Los cálculos de cada tránsito serían sumamente minuciosos y un fallo en una milésima de grado o de segundo podía provocar el desastre. Esos fallos se eliminaban por completo con una menor velocidad de la nave.

A fin de cuentas, era una guerra que no corría demasiada prisa. Solamente dos hombres serían los combatientes.

¿Eran causas justas?, se preguntó.

Hippion había querido comprar un satélite. Khammys se había sentido ofendido y había declarado la guerra. Para Trudno, se trataba de un motivo absurdo.

Hubiera bastado una respuesta negativa para evitar el conflicto. Sin embargo, el gobierno planetario de Khammys no lo había estimado así.

¿Tan grave era el insulto?

Trudno presentía que había otros motivos ocultos. Ninguno de los dos contendientes, sin embargo, se había mostrado demasiado explícito. Trudno estaba seguro de conocerlos antes de terminar el conflicto.

Sin embargo, le hubiera gustado conocer la identidad de su adversario. Trudno conocía a muchos mercenarios y sabía de sus trucos y sus ardides y también de sus cualidades personales. Desconocer la identidad de Jan Cortel le tenía más preocupado de lo que él mismo quería admitir.

Al fin, tuvo la nave lista. No perdió tiempo sino en los trámites reglamentarios y se dispuso a zarpar.

Al regresar de la Oficina de Control del astropuerto, vio a Álvarez.

Era muy probable que el oficial de las Patrullas le siguiese hasta el límite del espacio territorial del sistema solar. Trudno no se enojó por ello. Era su deber.

Poco después, levantaba el vuelo. Los mecanismos antigravitatorios del aparato evitaron todo efecto pernicioso de la aceleración, que alcanzó velocidades extremas en pocos minutos.

Un cuarto de hora después de haber levantado el vuelo, estaba ya a varios miles de kilómetros de la Tierra y seguía acelerando. En menos de dos días alcanzaría los límites del sistema solar. Entonces realizaría el tránsito al subespacio.

Tenía tiempo y fijó el piloto automático, lo que le permitió abandonar el puesto de mando. Se levantó y, al volverse, vio a Camila Nr'teslar ante sí.

* * *

La joven le contemplaba con la sonrisa en los labios.

—Está asombrado, Ray —dijo.

—Mucho —confesó él, tras unos segundos de silencio—. No sólo por su presencia, sino por su indumentaria.

Ella bajó la cabeza un instante.

—¿Qué tiene mi vestido? ¿Es anticuado? —preguntó.

—En absoluto. Pero con ese traje no se puede efectuar un viaje de traslación instantánea a través del espacio. En realidad, la palabra instantánea es una simple metáfora; siempre se pierden algunos segundos… y eso, en el vacío espacial es mortal.

—Bueno, es que yo he venido con la escafandra puesta —explicó

ella—. Estaba usted tan abstraído en la maniobra, que ni siquiera se dio cuenta de mi llegada.

—Eso es verdad —admitió Trudno—. También me asombra su presencia a bordo.

—¿Por qué?

—Dijo qué tenía novio.

—Sí, pero confía en mí. ¿Usted no confiaría en mí?

—Soy terrestre —dijo él lacónicamente.

—Y mal pensado, por tanto —contestó Camila enojada.

Trudno se encogió de hombros.

—A su gusto —dijo—. El que se va a casar con usted y tiene que pensar mal, en todo caso, es su novio, no yo. Aunque ya me imagino lo que le dirá como disculpa.

—¿Qué le diré, Ray? —quiso saber ella.

—Simplemente, que está aquí en misión de servicio, para vigilarme.

—Es usted muy listo, Ray. ¿No se lo dije una vez?

—Sí, pero con ello quebranta usted las reglas del juego. Cortel puede acusarme de haber empleado un ayudante.

—Sólo seré observadora —afirmó Camila.

—¿Llevará Cortel un observador en su nave?

—No lo sé, ni me preocupa tampoco. Lo que quiero es que usted gane la guerra.

—Camila, si Cortel me atacase con torpedos y consiguiese un impacto en la nave, usted moriría.

—Lo sé, pero no puedo dejarle solo.

Trudno se encogió de hombros.

—Ustedes, los hippionitas, son muy raros —dijo—. En fin, todo esto lo hacen por… por dinero, a fin de cuentas. Como si fuesen terrestres, vamos.

Ella le miró fijamente.

—Ray, es algo más que dinero —contestó.

—¿Por qué no me lo dice claramente? —preguntó él.

—Lo siento. No se enoje conmigo, se lo ruego.

—No se preocupe —sonrió Trudno—. Acabaré por saberlo, Camila.

—Desde luego, pero cuando haya ganado la guerra.

—O cuando la haya perdido, porque si pierdo, es casi seguro que

moriré, y desde el más allá se sabe todo lo que no se ha podido saber en la Tierra, ¿verdad?

Camila lanzó una exclamación de enojo.

—¡Es usted incorregible!

—¿Acaso le gustaría que fuese de otro modo?

—¡No me importa como sea; lo que importa es que gane la guerra! —dijo ella con voz crispada.

—Por el bien de mi propio y amado pellejo, lo intentaré con todas mis fuerzas —contestó Trudno solemnemente.

* * *

Dos días más tarde, fuera ya de los límites del territorio espacial del sistema solar, Trudno se dispuso a iniciar la transición que llevaría a la nave al subespacio, por donde podría viajar a velocidades inconcebibles que acortarían notablemente el viaje.

La velocidad de la nave en aquellos momentos era muy próxima a la de la luz. Trudno realizó las maniobras con la atención concentrada en los instrumentos. Camila, sentada a su lado, observaba en silencio el trabajo del terrestre.

De pronto, Trudno lanzó una exclamación.

—¡Es curioso! —dijo.

—¿Qué sucede? —preguntó ella, intrigada.

Trudno realizó varias operaciones en el tablero demandos.

—Nada, no se mueve —murmuró, como si hablase consigo mismo.

—¿Es que no puede decirme lo que pasa? —exclamó Camila, impaciente.

—Vea ese indicador —señaló él con la mano—.La aguja permanece inmóvil, por debajo de la marcación máxima. Es la esfera de control del campo primario espaciotemporal.

—No entiendo mucho de astronáutica —confesó la joven—. ¿Qué sucede si la aguja permanece inmóvil?

—Muy sencillo. El generador de campos espacio- temporales no funciona correctamente. Sólo produce energía para crear un campo secundario, lo cual es insuficiente para continuar el viaje a la

velocidad requerida. Pero eso no es todo.

Camila le miró expectante. Trudno continuó:

—Yo habría debido iniciar ya la transición. La aguja se estaba moviendo hacia arriba y parecía que iba a continuar. Si hubiese pulsado la tecla que hubiera enviado a la nave al subespacio, fiándome en que la aguja continuaría su viaje, como se suele hacer en la mayoría de las ocasiones, la nave habría estallado por insuficiencia de energía.

Ella se quedó con la boca abierta.

—Yo creí que todas las explosiones se producían por un exceso de energía, súbito en la mayor parte de las veces —dijo.

—Bueno, quizá no me he expresado bien —sonrió Trudno—. Habría estallado de la misma forma que estallaría, lanzada a mil kilómetros por hora contra la falda deunamontaña. Simplemente, se habría producido un choque al pasar sin la suficiente energía del espacio normal al subespacio.

—Eso significa que el impulsor está averiado.

—Sí. —Las manos de Trudno se movieron rápidamente, anulando todas las operaciones realizadas anteriormente—. No me queda otro remedio que examinar ese impulsor.

Se puso en pie y miró a la joven sonriendo.

—Puede que nos retrasemos un día o dos, pero eso no tiene demasiada importancia, ¿verdad?

—Se le han concedido facultades muy amplias para llevar la campaña a su modo —contestó Camila fríamente.

Trudno abandonó la cabina de mandos y entró en un pequeño cubículo, que parecía más bien la cabina de un ascensor. Levantó una trampilla situada en el suelo y descendió a la sala de motores, situada en la mitad inferior de la nave.

Era un departamento enorme, mayor aún que el resto de la nave. Trudno se sentía muy preocupado. Él mismo había revisado todos los motores, normales y subespaciales. ¿Quién, pues, había originado aquella avería?

Se acercó al generador de campos subespaciales, una de cuyas caras estaba dotada de un cuadro de mandos análogo al existente en la cabina. Los instrumentos señalaban marcaciones normales.

Desatornilló la tapa del cuadro y lo hizo girar sobre un eje horizontal, dejando al descubierto las entrañas del aparato. La caja

blindada que contenía el motor básico, de energía subespacial, no podía ser manipulada más que en centros especialmente dedicados a ello, a causa de la enorme radiación que despedía sin su blindaje. No obstante, una vez colocada en la nave, el peligro de radiaciones era nulo.

Cualquiera que intentase manipular la caja blindada fuera de los talleres especializados en ello, moriría a las pocas horas, abrasado por la radiación. Trudno estaba seguro de que el saboteador no había tocado el motor básico.

La avería, pues, debía de estar en otra parte. Revisó los delicados engranajes, algunas de cuyas ruedecillas dentadas eran tan finas como un papel de fumar y de un tamaño no superior a la uña de un meñique. Era una enloquecedora confusión, de ruedas, cables y palancas, unidos en su mayor parte por finísimos cables a otros más gruesos y éstos a uno general, que desaparecía en el interior de la caja blindada. Si la avería no estaba allí…

Y, de pronto, encontró al culpable de la avería.

Lo sacó cuidadosamente con dos dedos. Era un cabello de mujer, largo, de color rosavioleta y sumamente brillante.

El cabello había sido colocado entre dos ruedecillas dentadas, situadas en un punto estratégico de la maquinaria. Las ruedas, dentro de la función que les correspondía, tenían una precisión tan absoluta, al mismo tiempo que una escasez de potencia tal, que había bastado un simple pelo para detenerlas.

Y deteniendo aquellas ruedas, se había detenido la maquinaria en pleno.

Trudno hizo una prueba allí mismo, ya que la nave disponía de doble mando. Las ruedas dentadas giraron lentamente, con toda normalidad.

Exhaló un suspiro de satisfacción. Había tenido suerte. Ahora, podrían reanudar el viaje. La interrupción había sido mucho más corta de lo que esperaba.

Dejó todo tal como estaba y regresó a la cabina. En el momento que salía del cuartito que permitía el acceso a la sala de máquinas, oyó la voz angustiada de Camila.

— ¡Ray! ¡Nos atacan con torpedos!

Capítulo V

Trudno saltó hacia adelante y tendió la vista a través de las amplias lucernas de proa. Frente a ellos, en la negrura del espacio, podían verse dos puntos rojizos que se movían velozmente hacia la nave.

—¡Haga algo! —gritó Camila—. ¡Esos torpedos nos alcanzarán dentro de diez segundos!

Trudno sonrió.

—No se preocupe —contestó.

Los proyectiles se acercaban a la nave con velocidad aterradora. Camila se agarró instintivamente a los brazos del sillón en que estaba sentada.

De pronto, dos relámpagos deslumbrantes se produjeron delante de la nave. Durante varios segundos, rayos de todos los colores partieron del punto donde los torpedos habían hecho explosión.

—¡Cielos! —exclamó ella—. Han estallado antes de tocarnos.

Miró a Trudno. El mercenario sonreía.

—¿Qué ha hecho usted? —preguntó.

—¿Piensa que los escudos de energía sirven solamente para las personas?

—¡Oh! —dijo Camila, avergonzada—. Debí haberlo pensado…

—Coloqué el escudo apenas me di cuenta de la avería —explicó él—. Era una precaución lógica, puesto que, prácticamente, estamos detenidos en el espacio, aunque volemos a casi la velocidad de la luz. Pero seguimos un rumbo inmutable y constituimos un blanco perfecto para un buen torpedista, como, sin duda, debe de ser Jan Cortel.

—Oiga —dijo la joven—, yo no entiendo mucho de motores, pero sí conozco lo suficiente el cuadro de mandos de una astronave para identificar en las pantallas las señales de detección de una nave próxima a nosotros. Y no he visto la menor señal…

—Cuando esa nave está en el subespacio, resulta imposible detectarla —contestó Trudno.

—¿Y su piloto a nosotros, sí? —preguntó ella.

—Tampoco, pero estoy seguro de que conocía nuestra órbita y calculó el momento en que podría lanzar los torpedos. Es un buen calculador, ¿no cree?

—Así parece. Claro —murmuró la joven—, los torpedos aparecieron de repente…

—Surgieron del subespacio, desde donde fueron disparados.

—Entonces, él nos cree muertos ahora.

Trudno sonrió.

—¿Ha dicho nos?

—Era una forma de hablar. No creo que Cortel sepa que yo estoy a bordo.

—Entiendo. No, no creo que piense de esa manera. Lo más seguro es que haya lanzado durante unos segundos una sonda espacial, recogiéndola en seguida, para observar luego sus indicaciones. Eso le habrá señalado el fracaso de su ataque.

—Pero entonces, insistirá…

—Mi querida vigilante, ¿es que cree usted que la capacidad de una nave es ilimitada? ¿No ha visto nunca al natural un torpedo espacial? Miden veinticinco metros de largo por más de uno de diámetro y pesan cientos de toneladas. Cortel debe de usar una nave como la mía; bastante hizo con cargar los torpedos. Ahora, lo que estará haciendo, una vez conocido su fracaso, es procurar escapar de nosotros.

Trudno hizo una ligera pausa.

—Digo nosotros por costumbre, puesto que no estoy solo —añadió sonriendo.

—Nosotros no podremos darle alcance —contestó ella, desanimadamente.

—No nos interesa. No llevo torpedos y no voy a atacarle al abordaje. Ya nos encontraremos más adelante. En Asbro.

—Tardaremos más…

—No. Sólo nos retrasaremos unos minutos con relación a la marcha que llevábamos. La avería ya está corregida.

—¿De veras? —dijo ella esperanzadamente—. ¿Qué era?

Trudno levantó el meñique izquierdo y desenrolló el pelo que

había encontrado entre los engranajes.

—Un simple cabello de mujer —contestó.

Camila se quedó estupefacta.

—Un pelo… ¿ha bastado para detener la maquinaria?

—Sí. Lo pude comprobar personalmente.

—Pero ¿cómo sabe usted que es de mujer?

Trudno la miró al fondo de los ojos. Camila setocó instintivamente su frondosa cabellera.

—No es mío —dijo.

—El color es idéntico, Camila.

—Pero, hombre, ¿cómo iba yo a causar una avería de semejante índole? ¿Cree que tengo ganas de suicidarme? Y, además, no conozco el funcionamiento de los motores espaciales…

—Prefiero creerla —contestó él muy serio—. Ahora, permítame; vamos a reanudar el viaje en el punto donde lo interrumpimos.

Camila quiso decir algo, pero optó por callar. Cruzó los brazos sobre el seno y se reclinó en el sillón, mientras Trudno se concentraba en el manejo del aparato.

* * *

En Asbro, la capital de Nagan II, se dirigieron al mismo hotel, donde tomaron habitaciones separadas.

Una vez inscritos, y mientras el ascensor los conducía al piso donde estaban sus alojamientos, Camila preguntó:

—¿Qué va a hacer usted ahora, Ray?

—Primero, bañarme. Segundo, requerir información sobre T. Snazz.

—¿Y después?

—Depende de la información que reciba.

—Ya conoce el domicilio de Snazz, ¿no?

—En parte —contestó Trudno. El ascensor se detuvo y salieron al corredor—. Adiós, Camila.

—Adiós, no —rectificó ella—. Avíseme cuando abandone el hotel.

Trudno levantó las cejas.

—¿Tan intensa ha de ser la vigilancia? —preguntó.

—Avíseme —repitió Camila sin dar más explicaciones.

Y le dejó solo.

Trudno entró en su habitación, sumamente pensativo. ¿Qué pretendía la joven?

¿Era que la iba a tener siempre a su lado, fiscalizando el menor de sus actos? En ese caso, se dijo, no merecía la pena seguir adelante. Le convenía amplia libertad de movimientos, cosa de que carecía teniéndola a ella continuamente al lado.

Después de bañarse, se vistió y preparó el equipo individual de un mercenario en acción. Era preciso hallarse prevenido en todo momento.

Luego se acercó al fonovisor de que disponía la habitación y presionó una tecla.

—Hable, le escuchamos —dijo una voz impersonal.

—Información sobre un local denominado «Mil Estrellas Rojas» —pidió Trudno.

Esperó unos segundos. Al cabo, la misma vozrespondió:

—Es un bazar, señor.Calle Trescientos, número dos.

—Gracias.

Trudno cortó la comunicación. Así, pues, Snazz estaba en el bazar de las «Mil Estrellas Rojas». Se sintió levemente decepcionado; él había creído que se trataba de una taberna o un lugar de diversión.

Bien, no importaba. Snazz le suministraría información acerca de su enemigo.

Permaneció unos momentos, contemplando el bullicio de la calle desde la ventana de su cuarto. Realmente, el emporio que era Asbro se traducía en un enorme abigarramiento de gente que iba y venía atestando las calles.

Por fortuna, estaba prohibida la circulación rodada, salvo a los vehículos de carga y suministro. No había vehículos particulares; las aceras deslizantes y los trenes subterráneos de gran velocidad cumplíansobradamente las funciones del transporte de las personas.

De pronto, llamaron a la puerta.

Trudno hizo una mueca.

—Sí que es impaciente esa chica —murmuró.

Y alzó la voz.

—¡Adelante!

La puerta se abrió y un hombre, alto, fornido, de pelo rojizo, cruzó el umbral.

—¿Hablo con Ray Trudno? —preguntó el visitante.

—Yo mismo, señor…

—Gracias —atajó el desconocido—. Es todo lo que deseaba saber.

Llevó las manos a la espalda y volvió a enseñarlas, pero ahora sosteniendo una pistola en cada una de ellas.

* * *

Trudno maldijo entre dientes. ¿Por qué dos pistolas?, se preguntó, mientras se disponía a la acción.

El desconocido disparó la pistola de la mano izquierda. Trudno se sintió envuelto en un vivísimo y estallante resplandor, que le acompañó durante una décima de segundo, mientras se lanzaba a un lado.

Era una pistola disruptora, con cuya descarga quedaba anulado el campo de energía que le protegía. Trudno no sintió nada, salvo un ligero cosquilleo, pero cuando el resplandor se hubo disipado, comprendió que el escudo de energía se había volatilizado.

El desconocido le apuntó ahora con la pistola de la mano derecha. Era un arma desintegradora. Dos segundos más y su cuerpo se habría convertido en una nube de humo.

El pie derecho de Trudno movió una silla y la lanzócontra las piernas del recién llegado, haciéndole perder momentáneamente el equilibrio. Trudno cambió de posición con gran agilidad, saltando al lado contrario.

La descarga chasqueó secamente. Un valioso jarrón quedó pulverizado en el acto.

Trudno agarró otra silla y la arrojó contra su atacante. No tenía tiempo de usar las otras armas que pendían de su cinturón.

La silla alcanzó a su atacante en el brazo, desarmándole. Trudno saltó contra él, con la cabeza gacha, golpeándole en el pecho. El individuo cayó ruidosamente de espaldas.

Trudno quedó arrodillado en el suelo, frotándose la parte superior de la frente.

—¡Gran Galaxia! —masculló—. ¡Vaya un coscorrón!

Miró al caído, que permanecía en la misma postura, tendido de espaldas con la vista fija en el techo. «Debe de llevar un chaleco blindado», supuso.

En aquel instante sonó la campanilla del fonovisor.

Trudno volvió los ojos un instante hacia el aparato. Recogió la pistola desintegrante y se acercó al fonovisor, sin perder de vista a su atacante.

Dio el contacto. Dos segundos más tarde, se iluminó la pantalla y apareció en ella el busto de un hombre encapuchado.

—Bien —dijo—, de modo que eres tú, Cortel.

El enmascarado sonrió bajo su capucha.

—¿Te extraña, Trudno? Sólo llamé para preguntarte si habías recibido una visita que fue de mi parte.

Trudno señaló con el pulgar a sus espaldas.

—Lo tengo aquí —contestó—. Cortel, ¿sabes que voy a pedir tu descalificación?

—¿De veras? —se burló el otro.

—Sí. Las reglas del juego dicen que la guerra es exclusivamente entre tú y yo. Tú defiendes a Khammys y yo a Hippion. No te hubiera reprochado nada de haber jugado limpio, pero has empleado un asesino a sueldo. Khammys, por tanto, has perdido la guerra.

Cortel volvió a reír.

—Escucha, Trudno —replicó—. Cuando te contrataron, lo mismo que a mí, nos dijeron que podíamos emplear todos los medios, cualquier medio, ¿no es así?

—En efecto.

—Bien, anda, examina a tu atacante. Te espero ante la cámara.

Trudno dudó un momento. Luego se separó del aparato y se arrodilló junto al caído, sacudiéndolo por un brazo.

—¡Eh, oiga, despierte!

De repente, se oyó un ligero chasquido. Una columnita de humo brotó por las fosas nasales del individuo, a la vez que dentro de su cuerpo se oían unos ruidos extraños, como de cables despidiendo chispas.

Trudno comprendió en el acto.

—¡Es un robot! —exclamó.

Se puso en pie. Un robot no era una persona, sino una máquina. Por tanto, Cortel no podía ser acusado de ilegalidad.

Regresó frente al fonovisor.

—Tenías razón —dijo—. Es un robot… era, mejor dicho.

Cortel volvió a reír.

—Era un medio de eliminarte, Trudno. Falló, mala suerte —dijo, sin asomo de enojo en sus palabras—. Otra vez será.

—Acaso te toque a ti la próxima —dijo Trudno, muy serio.

—¡Adiós, enemigo! —se despidió el otro mercenario, riendo desaforadamente.

Trudno cortó la comunicación. Había salvado la vida por milagro. Pero, ¿lo conseguiría en el próximo ataque?

Todo dependía de la información que le suministrara T. Snazz.

Capítulo VI

Camila entró en la habitación impetuosamente, tropezó con el robot caído y cayó de bruces, con gran aparatosidad.

—¡Ay! —gritó, mientras su bolso de mano salía despedido a gran distancia.

Desde el suelo, miró a Trudno que estaba sentado ante una mesa, enfrascado en una labor que absorbía su atención.

—Había oído decir que los terrestres eran muy galantes, pero veo que es una fábula —dijo enojada, mientras forcejeaba por levantarse.

Trudno no contestó. Seguía enfrascado en su labor.

Camila se levantó lo mejor que pudo, arregló los pequeños desperfectos de su vestido, de increíble diseño, y se acercó a la mesa, que estaba llena de piezas de una maquinaria que no conocía.

—¿Qué está haciendo? —preguntó, ardiendo de cólera—. ¿Por qué no me contesta?

Trudno tenía puesto un anteojo de relojero y se lo subió hasta la frente.

—Estoy reparando mi cinturón de energía. Aquel tipo me lo averió de un disparo de su pistola disruptora.

Camila se quedó pasmada.

—Yo creía que los cinturones de energía eran inviolables —dijo.

—Su batería es relativamente pequeña. Podrían ser inviolables si uno dispusiera del generador de una astronave, pero, como comprenderá, no soy tan fuerte como para cargar con uno de ellos a la espalda.

—Ah —murmuró ella—. Pero ¿por qué no se compra uno en Asbro?

—No me inspiran la menor confianza. Fabricación nacional, ¿comprende?

—Terrestre orgulloso —dijo Camila despechada—. Sólo las manufacturas terrestres son perfectas, ¿verdad?

—Para mí, sí. Además, da la casualidad de que yo mismo me construí el aparato. Siéntese, ¿quiere? También puede irse, si le parece. Tengo trabajo para cuatro o cinco horas más.

Y se bajó de nuevo el anteojo para continuar su labor.

Camila taconeó el suelo impaciente.

—Si su atacante rompió el escudo de energía, aunque fuese de origen terrestre, lo mismo sucederá con otro comprado aquí —dijo.

—No estoy seguro de que la descarga disruptora no atraviese un escudo demasiado débil, en lugar de consumirse destruyéndolo. Mi atacante puede utilizar una pistola disruptora, de acuerdo, pero siempre perderá algunos segundos mientras trata de dejarme sin protección. Ése es el tiempo justo que yo necesito para contraatacar.

—Le comprendo —dijo Camila—. De modo que cuatro o cinco horas.

—Por lo menos —contestó Trudno.

Camila consultó su reloj de tiempo galáctico.

—Aquí, en Asbro, son las treinta y siete con ciento un segundos, que equivalen a las seis y cuarto de la tarde, hora terrestre. Al menos, hasta las once de la noche no estará usted listo.

—En efecto.

—Bien, volveré entonces. Ah, una cosa, Ray.

—Dígame, Camila.

—Ése… su atacante. ¿Qué va a hacer con su cadáver?

—Enviarlo a la chatarra. Es un robot.

—Oh —dijo la joven, poniendo los labios en círculo.

—Si Cortel hubiese enviado a un hombre, habría violado las reglas y Khammys podría considerarse derrotado.

—Es verdad. Le veré a las once de la noche, Ray.

—Bueno.

Camila salió de la estancia. Trudno no dijo nada más, pero una hora más tarde, había reconstruido el cinturón de energía, tras haber arreglado los circuitos quemados con la descarga disruptora.

Iba a entrevistarse con Snazz, pero no quería tener compañía al lado. Ni siquiera la de una joven tanatractiva como Camila Nr'teslar.

* * *

La gente dificultaba el camino en la calle número Trescientos. Las aceras deslizantes se movían sin cesar, en todos los sentidos, repletas de personas que iban y venían a sus negocios o a sus diversiones.

En Asbro, ni los comercios ni los centros de diversión cerraban jamás. Existía una libertad absoluta al respecto. Los precios eran fijados por cada uno, de acuerdo con la competencia. Trudno sabía que podía encontrar cualquier mercancía que se fabricase o produjera en la Galaxia, con tal de poseer el dinero suficiente para pagar la compra.

Había entrado en la calle casi por su extremo y su marcha no tenía nada de rápida. De cuando en cuando, sin embargo, la gente se apartaba al oír el aullido de alguna sirena. La ambulancia o el coche policial pasaban raudos y la gente volvía a apelotonarse o a amontonarse delante de los escaparates y de las puertas de teatros,music-halls y otros lugares de diversión.

Una hermosa muchacha bailaba en un tabladillo delante de un teatro, a fin de atraer espectadores. Más allá, un altavoz enviaba al aire los estrepitosos sones de la última canción de moda. Un prestidigitador callejero trataba de que los transeúntes llenasen de monedas su cuenco, haciendo juegos malabares con puñales de punta envenenada.

Las mujeres solas, de sonrisa incitante, abundaban también. Trudno rechazó las invitaciones de dos o tres de ellas. De pronto, notó una extraña sensación.

Le seguían.

Era algo indefinible. Sin embargo, Trudno, después de casi un veintenio de mercenario, había desarrollado extraordinariamente sus facultades.

Se detuvo delante de un periódico televisado al exterior, para anuncio de una taberna, y fingió leer las últimas noticias. Miró con disimulo; a diez o doce pasos, un hombre alto y muy rubio parecía ensimismado en la contemplación del escaparate de una joyería.

Siguió su camino. En la próxima parada, cien metros más adelante, halló que sus presentimientos eran acertados. El rubio continuaba tras sus huellas.

Podía ser un robot, pero también podía tratarse de Cortel. A fin de cuentas, no conocía a su adversario personalmente. Y una

puñalada por la espalda, entre tanta gente, era tan fácil de asestar…

En el momento en que él muriese, Khammys habría ganado la guerra. A Cortel se le acusaría de su muerte, pero dadas las especiales circunstancias del caso, no se le dictaría ninguna condena. Sería una muerte cometida en combate.

A Trudno no le convenía ser seguido. De pronto, se le ocurrió un remedio para burlar al rubio.

Fingió que se le desataban los cordones de las botas y se arrodilló en el suelo, justo al borde de la acera deslizante de diez kilómetros horarios. Disimuladamente, arrojó por la ranura que había entre ambas aceras, la móvil y la fija, un lápiz metálico.

Luego, tranquilamente, se puso en pie. El lápiz cayó entre dos ruedas, fue aplastado a medias y, empujado por ellas, alcanzó un cable de conducción eléctrica y rompió el aislante.

Inmediatamente, se produjo un cortocircuito. Los chispazos empezaron a brotar a lo largo de la ranura. La acera sé detuvo un instante, corrió de nuevo otra vez y se detuvo en aquel sector, pero el trozo siguiente continuó presionando, hasta que se onduló y se alzó un par de metros sobre el suelo.

Los cortocircuitos se reprodujeron, y los chispazos aumentaron. La confusión era espantosa. La gente escapaba chillando por todas partes. El barullo y la algarabía eran indescriptibles.

Trudno aprovechó la ocasión para escapar. Cincuenta, cien personas enloquecidas por el pánico se abalanzaron sobre el rubio y loatropellaron. El individuo tuvo que ocuparse exclusivamente de salvar su vida.

Cuando se levantó del suelo, tenía las ropas destrozadas, estaba lleno de magulladuras y sangraba profusamente por boca y narices.

El rubio levantó un puño y lo blandió con gesto de ira.

—¡Volveremos a encontrarnos! —masculló.

* * *

El «Bazar de las Mil Estrellas Rojas» era la última casa de la acera de los pares. Trudno empujó la puerta. Los clientes eran más bien escasos.

Trudno vio las estanterías repletas de algo que le extrañó sobremanera: muñecos. Muñecos de todas clases y tamaños y representando todo género de personas y animales. Todas las razas humanas de la Galaxia estaban representadas en las estanterías. Abundaban los guerreros, principalmente, aunque también se veían lindas mujercitas de ojos pálidos y largas trenzas.

Había muchas otras mercancías en el bazar. La mayoría, sin embargo, no eran demasiado atractivas para los turistas y navegantes del espacio que hacían escala de Asbro.

A Snazz, sin embargo, no debía preocuparle demasiado. El gasto de la tienda correría a cuenta de los servicios de Información hippionitas. Trudno esperó a que el último visitante se hubiera marchado y entonces se encaró con el dueño del bazar.

—¿Snazz? —dijo.

El hombre le miró. Era un sujeto ya anciano, de espaldas cargadas, ojos fatigados y nariz ganchuda.

—Usted es Trudno —murmuró.

—Sí. Nr'swinl me dijo que me entrevistara con usted.

—Cierto. Espere un momento.

Snazz se dirigió a la puerta, la cerró y colocó el cartelito de se fue a cenar. Luego movió una mano sarmentosa.

—Venga, Trudno.

El mercenario le siguió. Pasó al otro lado del mostrador y entró en un pequeño despacho, alumbrado por una sola lámpara.

—Tengo informes para usted —manifestó Snazz—. Probablemente, su adversario se dirigirá a Grann, VII de Altair, o a Boore, IV de Sirio.

—Sí —dijo Trudno solamente.

—Busque una Geografía Galáctica. Así podrá enterarse de las características de esos dos planetas.

—De acuerdo. Una pregunta, Snazz.

—Dígame, Trudno.

El terrestre meditó unos instantes. Luego dijo:

—No me importa no saber cómo ha adquirido sus informes, Snazz. Lo que sí me extraña es que Cortel obre de esa manera.

Snazz le miró fijamente.

—Trata de atraerle a lugares que le son conocidos —respondió —. Cuando lo contrataron, propuso un plan, que fue aceptado,

aunque con algunos retoques. Usted no ha estado muchas veces en Asbro, ¿verdad?

—Dos o tres, tan sólo.

—¿Y en Grann y en Boore?

—Nunca.

—Cortel, sí. Al menos, así lo ha asegurado.

—Entiendo. Moviéndose en terreno conocido, tiene, más ventajas sobre mí.

—Exactamente. Bien, eso es todo, Trudno.

—Gracias, Snazz.

— Ah, cuando esté en Grann…

Snazz se calló de pronto. Trudno, asombrado, vio que su rostro se contorsionaba en una horrible mueca de dolor.

Su asombro creció de punto cuando vio asomar por el centro del pecho de su interlocutor el extremo emplumado de una pequeña flecha clavada profundamente en su corazón.

Capítulo VII

Trudno se volvió velozmente, al mismo tiempo que desenfundaba una de las pistolas que pendían de su cinturón.

Sus ojos se dilataron al ver algo increíble. El asesino de Snazz había sido un muñeco.

Oyó a sus espaldas el ruido de un cuerpo humano al chocar contra el suelo, pero no prestó más atención a Snazz. Sabía que estaba muerto.

Estudió unos instantes al matador. Era un guerrero de un ignoto planeta, de una época remotísima. Mediría medio metro de altura, y su arco y flechas eran de la misma proporción, pero Trudno sabía que podía matar tan eficazmente como si tuviera su mismo tamaño.

Snazz era la mejor prueba de ello.

El guerrero, con movimientos mecánicos, pero no excesivamente lentos, echó la mano hacia atrás y extrajo una segunda flecha, cuya muesca colocó en la cuerda del arco, que tensó inmediatamente.

Trudno reaccionó. Saltó hacia adelante y movió el pie. El muñeco, hecho pedazos, voló por los aires.

Salió al pasillo. Delante de él, sonó un chasquido.

Un soldado terrestre, de cuarenta centímetros de altura, disparaba su fusil. Otro individuo corrió, armado de una metralleta, haciendo fuego sin cesar.

Trudno vio los estallidos de las balas que se estrellaban contra su escudo de energía. Pero al mismo tiempo, vio otra cosa que le erizó el cabello.

Decenas, tal vez cientos de muñecos, se descolgaban de los estantes, saltaban por todas partes, caían, seatropellaban, volvían a levantarse, con ruidos minúsculos, disparaban sus armas, sus lanzas, sus flechas… Un grupo de ellos arrastraba un anticuado cañón; otro patrulla, perfectamente formada en hilera, le «fusiló» a la voz de

mando de un oficial… Algunos cargaron contra él, sin más armas que sus manos, y fueron deshechos al contacto con la barrera de energía. Las muñecas no eran las últimas en aquel alucinante asalto.

El cañón disparó una vez. Debía de haber consumido un cartucho de metralla, porque Trudno vio al mismo tiempo decenas de diminutos chispazos delante de su pecho. Lanzas y saetas volaban continuamente y se consumían en rápidas llamaradas a un palmo de su pecho.

Pero aquello no podía continuar indefinidamente. Por segunda vez, la barrera de energía corría el riesgo de ser anulada.

Los muñecos eran obras maestras de la pequeña mecánica, desde luego, pero ¿quién les había infundido la orden de un ataque tan ciegamente brutal?

El momento no era muy adecuado para reflexiones. Trudno recordó la pistola que tenía en la mano y lanzó la primera descarga.

Quince o veinte muñecos fueron derribados, convertidos en inmóviles juguetes, paralizados por la descarga vibratoria, que había desajustado sus mecanismos. Trudno continuó apretando el gatillo, hasta que ni un solo muñeco quedó en pie.

Al terminar, se enjugó el sudor de la frente con la manga.

Jamás se había encontrado en una situación tan crítica. Aún le parecía hallarse bajo el influjo de una pesadilla.

Pero no había soñado. El cadáver de Snazz le recordó que todo lo sucedido había sido absolutamente real.

Nr'swinl había declarado poseer un excelente servicio de información. Khammys, sin embargo, no se quedaba atrás. El ataque de los muñecos lo demostraba así.

Trudno decidió abandonar el bazar. Antes de salir, lanzó una mirada a Snazz.

El comerciante había muerto antes de concluir una frase. «Cuando esté en Grann…». La flecha le había hecho callar para siempre.

¿Había pretendido advertirle de algo?

Trudno así lo estimaba, pero, desgraciadamente,tendría que ir a Grann sin conocer la advertencia.

* * *

Camila Nr'teslar estaba enojadísima.

—Dijo que terminaría a las once… ¡y ya ha vuelto del bazar de Snazz! ¿Por qué no me avisó?

Trudno se había hecho servir la cena en su habitación. Con el tenedor en alto, contestó:

— Porque no me pareció conveniente.

—¡Grosero! —le apostrofó ella—. Y está cenando ahí, tan tranquilo…

—Estoy reponiéndome del susto que he pasado—contestó él—. Snazz ha muerto. Asesinado —puntualizó.

Camila puso la boca en círculo.

—¡Oh!

Y se sentó en una silla.

—No lo sabía —murmuró.

—Además, me han seguido. Por fortuna, pude burlar a mi perseguidor. Otra cosa, ¿sabe que si empezamos a mirar las cosas, pueden dar la guerra por perdida?

—¿Perdida? Usted no ha sido derrotado todavía—alegó Camila.

—Pero Snazz me ha facilitado informes. Eso, ¿es o no es ayuda de otra persona?

—¿Cree que Cortel no tendrá también sus propios informadores? ¿Cómo, si no, se enteró de que se alojaba en este hotel? Las reglas del juego se refieren a ayuda física, a colaboración personal de otras personas en laguerra. Usted y Cortel, tienen derecho a recabar informes dónde y cómo sea, ¿comprende?

—De acuerdo. ¿Seguirá usted conmigo?

—Por supuesto. Es más, incluso creo que Cortel debe de llevar también un supervisor a su lado.

—Me agrada la confianza que tienen en los terrestres —dijo Trudno sarcásticamente—. Camila, dígame, si me viera en gravísimo peligro de muerte, a los pies de Cortel y éste amenazando atravesarme con una espada, pongamos por ejemplo, ¿me ayudaría usted, si dispusiera de los medios para ello?

La joven calló. Su esbelto pecho se agitó perceptiblemente.

Trudno levantó la mano.

—No hable, no diga nada —indicó sonriendo—. Me imagino su respuesta.

—Usted no se encontrará jamás en esa situación —aseguró

Camila.

—Así lo deseo yo —dijo Trudno, llenándose la boca de comida.

Camila esperó unos momentos. Luego, en tono más sosegado, pidió:

—Por favor, cuénteme lo que ha hecho esta tarde.

—Con mucho gusto.

Trudno habló durante un buen rato. Al terminar, dijo:

—¿Lo ve? No le convenía venir conmigo. Ahora estaría muerta a manos de un batallón de muñecos.

Camila se quedó muy preocupada.

—Me pregunto quién pudo activar los mecanismos de los muñecos, pero sobre todo, cómo pudieron hacerlo en el momento adecuado.

Trudno se encogió de hombros.

—Ellos también tienen buenos espías —respondió.

—Eso es lo que estoy viendo —suspiró la joven—. Ray, ¿a qué planeta piensa dirigirse en primer lugar?

—Grann —contestó él sin vacilar—. Me llama la curiosidad la advertencia que el pobre Snazz no pudo terminar.

—¿Cuándo piensa partir?

Trudno meditó unos segundos.

Luego dijo:

—Pasado mañana. Al amanecer.

Camila se puso en pie.

—Estaré lista para esa hora y ese día —declaró.

—Sea puntual. No la esperaré —advirtió él.

—Lo seré. ¿Puedo hacerle una pregunta, Ray?

—Concedido el permiso, Camila.

—¿Qué es lo que piensa hacer usted mañana?

—Divertirme.

Camila se enojó.

—¡Divertirse! Pero está en guerra…

—¿Y qué hacen los soldados cuando no están pegando tiros en el frente? Aquí hay buenos vinos, teatros excelentes, mujeres hermosas… y el gasto lo pagan ustedes, así que, ¿quién no aprovecha la ocasión para disfrutar de veinticuatro horas de juerga?

Camila se marchó bufando.

—¡Oh, es usted imposible! ¡Terrestre tenía que ser!

Cerró de un portazo, pero no sin antes oír los ecosde la estridente carcajada con que la despedía Trudno.

* * *

Ray Trudno bostezaba al sentarse en el asiento del piloto. Camila le miró con curiosidad y vio sus mejillas algo hundidas y los ojos rodeados por unos profundos círculos violáceos.

—Se ha divertido de veras —comentó.

—Un poco, un poco —admitió él, mientras manipulaba en los mandos con aparente negligencia.

—¿A cuánto ascenderá la nota de gastos por… por diversión?

Trudno pidió permiso para despegar. Le indicaron que esperase cinco minutos.

—Si se lo digo, se asustará —contestó a la anterior pregunta de la joven.

—Vamos, estoy curada ya de espantos, en algunas cosas, claro.

—Unos ciento veinte mil talentos —calculó él.

—Generoso con las chicas de Asbro, ¿eh? Seguramente, les habrá sobrado dinero hasta para levantarle un monumento. —El despecho latía en la voz de Camila—. Monumento al terrestre derrochador, dirá en el pedestal.

Trudno sonreía sibilinamente.

—Con esa suma, ha podido comprar sesenta collares de esmeraldas —añadió Camila.

—Sí —dijo el mercenario.

Camila se revolvió en su sillón.

—¡No me diga que ha sido capaz de comprar tantos collares! Aunque bien mirado, un terrestre es capaz de cualquier cosa…

—¡Y dale con los terrestres! ¿Es que en Hippion no se divierten los hombres?

—Pero no tiran el dinero como lo ha tirado usted…

—Porque son unos tacaños.

—Sudan para ganárselo.

—¿Y yo? ¿Acaso me lo regalan ustedes?

Camila se revolvió inquieta en su asiento.

—Será mejor que dejemos este tema —murmuró, muy nerviosa.

—Sí, desde luego.

El operador de la torre de control habló entonces:

—Astronave «Sylvia», número de matrícula BY- 4577-L-5, puede despegar.

—Enterado —contestó Trudno, a la vez que accionaba la tecla correspondiente a los motores antigravitatorios.

—Astronave «Sylvia» —repitió Camila meditabunda, mientras el aparato se elevaba por los aires—. ¿Le puso usted ese nombre en honor a alguna mujer conocida? —preguntó.

—Sí. Es la mujer más maravillosa del mundo —respondió Trudno, sin mirarla, atento únicamente a los mandos del aparato.

—¿La… la quiere usted mucho?

—Muchísimo. Y todavía sigo queriéndola. No la olvidaré jamás, puede creerme —aseguró él, muy serio.

Capítulo VIII

Desde lo alto, a sólo unas decenas de kilómetros, la superficie de Grann ofrecía un aspecto desolador.

Grandes extensiones de terreno árido, casi pelado, con algunos matorrales que sobrevivían difícilmente en un suelo inhóspito; elevadas montañas, tan peladas y áridas como las llanuras y un cielo completamente despejado, en el que lucían dos estrellas comparables al Sol terrestre y que despedían una luz y un calorintolerables, eran las principales características de aquel planeta que ahora contemplaban los dos pasajeros de la astronave.

Trudno había conectado los detectores de todo género. De pronto, uno de ellos empezó a emitir suaves tañidos.

—Es el detector de metales —dijo.

Contempló la pantalla. Las señales eran muy rápidas e intensas.

—Se trata de una gran masa de metal —dijo.

—Pudiera ser.

—¿La nave de Cortel?

Ella le miró.

—¿Aterrizará o la destruirá desde el aire?

Trudno volvió a consultar el detector.

—Voy a ver si me sitúo en su vertical —respondió—. Puede que no se trate de la nave de mi contrincante.

—¿Y si lo fuera?

—La destruiría, por supuesto.

Trudno maniobró hasta que las señales se hicieron mucho más intensas. Luego enfocó el visor telescópico, pero no consiguió divisar nada.

—Hay una enorme extensión de matorrales que parecen espinosos —dijo—. Son muy grandes y ocultan por completo esa masa de metal detectada.

—Entonces, aterricemos —propuso Camila.

—Tendremos que hacerlo al borde de la zona de arbustos —dijo Trudno.

—Le sugiero una idea, Ray.

—Hable, Camila.

—Quémelos. El fuego respetará la masa metálica. Entonces podremos ver bien de qué se trata.

—No es mala idea —convino él. Y empezó la maniobra de aterrizaje.

Poco más tarde, estaban en el suelo del planeta. Los analizadores automáticos habían emitido su informe: atmósfera perfectamente respirable, gravedad casi normal, escasez de agua y temperaturas muy elevadas.

Trudno abrió la escotilla. Una oleada de calor insoportable penetró en la cabina instantáneamente.

—Un mundo especial para frioleros —gruñó.

Camila se disponía a salir. Trudno la retuvo.

—No se le ocurra pasearse por ahí sin algo para cubrir su cabeza de los rayos solares. Agarraría una insolación en pocos minutos.

—Sí, Ray.

—Vaya al cuarto de equipo. Allí hay de todo. Podrá encontrar un sombrero.

—Gracias —sonrió ella.

En cuanto al propio Trudno, estaba preparando algunos útiles que le iban a ser necesarios. Buscó en el cuarto de equipo un sombrero para sí y luego cargó con dos mochilas, una de las cuales contenía un tubo metálico, redondeado por los extremos, de unos sesenta centímetros de largo, por quince de grueso.

Camila estaba ya preparada. Salieron de la nave y avanzaron hacia los matorrales, algunos de los cuales alcanzaban alturas de cinco y seis metros. Eran de color verdoso oscuro y tenían numerosas espinas, de una longitud media de seis o siete centímetros, muy duras y aguzadas.

La maraña vegetal era inextrincable. Resultaba imposible franquearla.

Camila se acercó a uno de los espinos y lo examinó con gran atención, mientras Trudno acababa de disponer el lanzallamas que portaba a la espalda. De pronto, Camila lanzó un ligero grito.

—¿Qué le pasa? —preguntó él.

Camila tenía metido un dedo en la boca.

—Me he pinchado con una espina —contestó—. No ha sido nada.

Trudno meneó la cabeza.

—La eterna curiosidad femenina —murmuró—. Apártese, por favor.

Camila se echó a un lado. Trudno levantó la manguera del lanzallamas y envió un largo chorro de fuego hacia los espinos.

Las llamas prendieron inmediatamente. Trudno atacó por varios puntos, hasta consumir casi totalmente la carga del depósito. Un humo espeso ymalolientese elevaba a gran altura, sobre el fuego que consumía la masa vegetal.

Los dos jóvenes se retiraron a prudente distancia. Al calor que reinaba en el planeta, se unía al que desprendía aquel enorme conjunto de vegetales ardiendo en pompa.

—Cortel no está ahí —dijo Trudno a poco.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Camila.

—Bueno, habría salido ya volando al ver el primer chorro de mi lanzallamas, ¿no?

Ella asintió. De pronto emitió un quejido.

—¡Oh, mi dedo!

Trudno se volvió hacia ella.

—¿Todavía le duele? —preguntó.

—He sentido como un fuertepinchazo... ¡Mire, Ray!

Camila le enseñó el índice, que aparecía hinchado y algo amoratado.

—Siento unos latidos muy fuertes... Ray, estoy asustada —dijo.

Trudno frunció el ceño. ¿Eran venenosas aquellas espinas?

En todo caso, no podían perder el tiempo.

—Vamos, a la nave, rápido.

Camila echó a correr, pero Trudno la agarró por un brazo.

—No, usted no; el correr activa la circulación de la sangre y, por lo tanto, el tóxico se difunde por el organismo con mayor rapidez. Yo la llevaré en brazos.

La joven accedió.

Trudno cargó con ella, tras haberse desprendido de las mochilas, que dejó en el suelo. Camila estaba muy pálida y la inquietud se reflejaba en su rostro.

—Siento escalofríos —se quejó Camila, cuando ya iban a entrar en la nave.

Trudno la condujo a su camarote y la dejó sobre la cama. Ella

temblaba de pies a cabeza.

Ya no cabía la menor duda. Camila estaba bajo los efectos de un envenenamiento de la sangre, producido por aquel pinchazo. Trudno la cubrió con una manta, no sin antes haberse dado cuenta, con gran preocupación, de que la inflamación del dedo empezaba a propagarse a la mano.

La nave, lógicamente, disponía de un botiquín con elementos de cura. Trudno lo examinó atentamente y encontró un par de frascos de antitóxico general.

—¿Tendré suficiente? —se preguntó.

Era imposible perder tiempo en análisis de sangre, alergias y compatibilidades. La curación urgía.

Preparó una dosis mínima. Los frascos tenían instrucciones para aplicación de su contenido según los casos. Lo malo era que ninguno de ellos mencionaba el veneno de los espinos grannianos.

Trudno regresó a la cámara de Camila con la inyección preparada. Cuando entró, vio que la jovenhabía perdido el conocimiento.

* * *

En la llanura, sobre las cenizas de los espinos, se alzaba una pirámide metálica, cuadrangular, de irnos cuatro metros de altura por tres en cada lado de su base. Las paredes de la pirámide eran lisas, pulidas, y en su vértice superior tenía una a modo de antena de radar, que giraba lentamente, a razón de una vuelta completa cada dos minutos.

Trudno contempló el singular aparato a la luz del único satélite de Grann. Por las noches, la temperatura, con los soles alumbrando el hemisferio opuesto, bajaba considerablemente. Incluso hacía frío.

Pero ello aliviaba los feroces ardores del día. Trudno estaba rodeado por el más absoluto silencio.

La luz de la luna granniana era muy intensa. De pronto, Trudno vio varios pequeños arbustos sobre las cenizas.

—Vuelven a crecer los espinos —murmuró—. Y muy rápidamente, a lo que parece.

Regresó a la nave. Sus luces, por contraste con el plateado resplandor externo, parecían amarillas.

Entró en la cámara de Camila. La joven le miró con ojos todavía turbios. Tenía el pelo en desorden y su cara aparecía muy blanca. Su mano izquierda estaba vendada hasta la muñeca.

Trudno sonrió.

—Se ha despertado —dijo.

—Sí —contestó ella apagadamente—. Me siento como embotada…

—Es natural —concordó Trudno—. Ha estadocasiuna semana sin conocimiento, delirando casi continuamente y con una fiebre altísima.

Camila se asombró.

—Una semana —murmuró. Luego se miró la mano vendada—. ¿Qué me hizo usted, Ray?

—La inflamación se concentró en variosnódulosen distintos puntos de su mano —explicó él—. Tuve que hacer de cirujano y sajar esas inflamaciones, lo cual le vino muy bien, porque así eliminó una gran cantidad de veneno. Lo siento, pero cuando salgamos de aquí, tendrá que ir a un cirujano estético, que repare los desperfectos que yo le causé con mi bisturí.

Ella se esforzó por sonreír.

—No importa, Ray —dijo—. He de suponer que me salvó la vida.

—Si dejamos la modestia a un lado, yo diría que sí —sonrió Trudno—. Ese veneno, por fortuna, aun siendo mortal, no es demasiado activo. Pero claro, de no haber sido atendida debidamente, habría muerto a las pocas horas.

—Le agradezco todos los esfuerzos que ha hecho por mí —murmuró la joven.

—Yo la hubiera sacado de aquí, para llevarla a un hospital, pero no habríamos llegado a tiempo, de todas formas. Además, he de esperar aquí a mi contrincante.

—Es verdad. ¿Cree que vendrá?

—A mí me parece que sí. De todas formas, esperaremos otra semana más. Dentro de un día o dos podrá empezar a levantarse durante algunas horas al día, Camila. Ahora, si me lo permite, iré a prepararle algo de comida.

—Gracias, Ray. Nunca olvidaré lo que ha hecho por mí.

Trudno sonrió.

—Usted hubiera hecho lo mismo por mí —contestó sencillamente.

A partir de aquel momento, la convalecencia avanzó con notable rapidez. Camila empezó a levantarse y poco a poco recobró las energías consumidas durante su feroz lucha contra el tóxico que había estado a punto de causarle la muerte.

Cuatro o cinco días más tarde, Trudno la animó para que saliera a pasear después de las horas fuertes de sol. Camila accedió y sus piernas recobraron la firmeza perdida. Ganó peso y su cara perdió la palidez adquirida durante la enfermedad.

A los siete días, Camila se notaba casi enteramente curada.

—No hay motivos para que continuemos aquí, Ray

—dijo cuando salió a pasear, después de anochecido.

—Desde luego. Estaremos un día más solamente—respondió él.

Durante su paseo, se habían alejado unos cientos de metros de la astronave. Camila se fijó en los espinos, algunos de los cuales alcanzaban ya un metro de altura.

—Parece que no ardieron bien del todo —comentó.

—Las raíces sobrevivieron —opinó Trudno.

—Entiendo. —Camila se detuvo y contempló la brillante pirámide que destellaba refulgentemente a la luz del satélite—. ¿Ha averiguado qué clase de aparato es ése, Ray?

Trudno vaciló un instante.

—No, no sé qué es —contestó al cabo.

Ella se dio cuenta de que Trudno no quería ser muy explícito al respecto, por lo que no insistió. Al cabo de unos momentos, manifestó que se sentía fatigada.

—Bien, volvamos a la nave.

Emprendieron el regreso. De pronto, Camila levantó una mano.

—¡Ray, veo una luz allá arriba! —exclamó.

Trudno se detuvo. Una luz, que centelleaba conregulares intermitencias, descendía hacia el planeta con velocidad aparentemente moderada.

Camila adivinó en el acto lo que era.

—¡Ray, es Cortel! —exclamó.

Y apenas había pronunciado estas palabras, cuando un rayo de

deslumbrante blancura bajó de la nave adversaria y destruyó la «Sylvia» instantáneamente.

CAPÍTULO IX

Durante algunos minutos, Trudno y Camila contemplaron el incendio que había seguido al estallido de la astronave. Era inútil siquiera soñar en salvar nada de lo que el aparato había contenido en su interior.

Camila se sentía abatidísima. Trudno permanecía en silencio.

La nave de su adversario descendió lentamente hasta situarse sobre ellos, a cinco o seis metros del suelo.

—¡Trudno! —gritó Cortel, a través de un altavoz exterior.

—Habla, Cortel —contestó el joven.

—Te he cazado. ¿Lo reconoces?

—¿Por qué habría de reconocerlo?

—Bueno, he destruido tu nave y estás en un planeta desierto. ¿Quién te va auxiliar?

—Nadie, en efecto —contestó Trudno impasible—. Pero ¿por qué no disparas contra mí?

Sonó una fuerte carcajada.

—Entonces, la cosa dejaría de tener gracia —contestó el otro mercenario—. No, querido rival; te aguardo otro género de muerte.

—Cortel, no quiero pedirte gracia para mí, pero sí para la mujer que tengo a mi lado —manifestó Trudno.

—Ah, ¿pero, hay una mujer en Grann?

—¡No se haga el desentendido! —dijo Camila furiosamente—. Señor Cortel…

—Señora —la interrumpió el mercenario—, quienquiera que sea usted, y me importa un rábano su identidad, ha tenido mala suerte. Trudno, estás listo. Y tu chica también.

—¡Yo no soy su chica! —protestó ella furiosamente.

—Oh —dijo Cortel con fingido tono de pesar—. Entonces, es que Trudno ha perdido sus facultades de conquistador. Bien, muchachos, esto se acaba. Trudno, dentro de unos minutos comprenderás lo que os va a suceder.

—Estoy esperando —contestó Trudno sin inmutarse.

—A propósito —preguntó Cortel—, ¿qué es esa pirámide de metal que he visto ahí?

—Un radiofaro para astronaves. No la destruyas, Cortel; podría costarte muy caro.

—Ya. Ni siquiera se me había ocurrido. Bueno, de todas formas, aunque pudieras pedir socorro, nadie tendría tiempo para llegar a salvaros. ¡Adiós, Trudno! ¡Adiós, hermosa!

Cortel se despidió con una atronadora carcajada. Su nave retrocedió, pero sin ganar altura. Trudno vio que salía un chorro de vapor a gran presión por un orificio abierto en su parte inferior.

La nave describió un amplio círculo en torno a ellos, repitiendo la operación varias veces. Trudno se preguntó cuáles serían los propósitos de su adversario.

La nave volvió a situarse sobre ellos.

—Trudno, esto está hecho —dijo Cortel—. Dentro de unas horas estaréis rodeados por un insalvable círculo de espinos venenosos, a los cuales he regado con un activador líquido de crecimiento rápido. ¿Te imaginas el resto?

Camila lanzó un agudo grito de pavor.

Cortel añadió:

—Claro que ahora aún podríais escapar, pero ya me ocuparé de que eso no suceda.

Un potente chorro de gas bajó de la nave, alcanzándoles de lleno. Trudno y Camila tosieron, se tambalearon y acabaron por caer al suelo sin conocimiento.

Cortel soltó una alegre carcajada.

—¡He ganado la guerra! —exclamó.

Instantes después, desaparecía de aquel lugar.

* * *

Trudno fue el primero en abrir los ojos. Empezaba a amanecer.

Sentía frío, después de varias horas de dormir tumbado en el suelo. Se puso en pie y dio unos cuantos saltitos para reactivar la circulación de la sangre.

Luego miró en torno suyo. Se quedó asombrado.

Cortel no había exagerado. La droga había hecho crecer los espinos venenosos hasta una altura de más de un metro en aquel corto espacio de tiempo.

La altura no era insalvable para un hombre como él; ni siquiera para Camila. Lo que hacía infranqueable aquella barrera era su anchura, que medía cinco o seis metros como mínimo.

Camila despertó en aquellos momentos, aterida de frío.

—Haga algo de ejercicio —indicó él—. Aunque, la verdad, dentro de poco, vamos a sudar de veras.

Ella paseó la vista por el panorama que les circundaba.

—Estoy anonadada —dijo.

—Los espinos crecen muy rápidamente —manifestó él.

De cuando en cuando, se escuchaban ligerísimos chasquidos, procedentes de la masa vegetal que les rodeaba con un círculo infranqueable.

—Crecerán, crecerán… y acabarán sumergiéndonos en sus espinas —dijo Camila afligidamente—. Esta vez no tendremos salvación.

Trudno contestó con una evasiva.

—Escuche usted —dijo—. Se les puede «oír» cómo crecen.

—Sí —contestó ella, al cabo de unos momentos—. Y casi se les ve también… Ray, ¿no lleva cerillas encima? —preguntó.

—No fumo —contestó él—. Pero tengo algo mejor.

Camila se dio cuenta de que Trudno estaba manipulando con un aparato que parecía una cajita de control remoto. Una débil esperanza surgió en su ánimo.

—¿Qué está haciendo? —preguntó.

Trudno guardó silencio, abstraído en su labor.

Al cabo de unos minutos, se volvió hacia ella y sonrió. El primer sol de Grann surgía ya por el este.

—Ya lo tenemos —dijo.

—¿Qué es lo que tenemos? —preguntó Camila, impaciente.

—Espere un poco y lo verá —respondió él.

Transcurrió casi una hora. Camila tenía los nervios a punto de estallar. La barrera de espinos alcanzaba ya una altura de dos metros y el círculo interior despejado se había contraído extraordinariamente.

De pronto, Camila vio un punto brillante en el horizonte, que se acercaba con gran rapidez a aquel lugar.

—Mire, Ray —dijo.

Era una astronave. Trudno la guió por medio de su control remoto, hasta hacerla aterrizar en el centro de aquel infernal círculo de espinos venenosos.

Camila estaba atónita…

—Pero ¿de dónde…?

—No me fui de juerga en Asbro —explicó él—. Estuve trabajando todo el tiempo.

Ella le contempló con admiración.

—Ahora le comprendo —dijo—. Perdóneme lo que pude decirle de ofensivo.

Trudno sonrió.

—No se preocupe. ¿Vamos? —invitó.

Camila dio un paso hacia adelante.

—¡Oiga! —dijo, deteniéndose de pronto—. Esta nave lleva el mismo nombre que la anterior.

—Claro. Ya le dije que Sylvia es una mujer maravillosa y que nunca podré olvidarla.

—Se ve que es usted fiel a sus amores —dijo la joven, un tanto despechada.

—En este caso, sí. Suba, por favor.

La nave era un duplicado exacto de la anterior.

—Ahora me explico que se gastase usted tanto dinero —dijo Camila, mientras se acomodaba en uno de los sillones de la cabina de mando—. ¿Preveía la jugarreta de Cortel?

—Había que ser precavido —contestó él sencillamente.

—¿Y la nave? ¿Cómo no la vio Cortel?

—La tenía oculta en el otro hemisferio.

—Pero ¿y si él hubiese llegado a Grann por la cara opuesta? Habría detectado la nave y la hubiera destruido.

—En ese caso, yo lo habría sabido y hubiéramos despegado en el acto.

Camila meneó la cabeza.

—Tiene usted respuesta para todo, Ray. Conteste ahora a esta pregunta. ¿Por qué ha tardado Cortel tantos días en llegar a Grann?

—Respóndase usted misma —sonrió Trudno—. ¿Cuánto nos

costó el viaje a nosotros?

—¡Oh! —Camila se echó a reír de pronto—. Trudno, ahora sé que ganará la guerra.

—No apueste por mí demasiado pronto. Cortel no es ningún tonto.

—Por ahora, no ha ganado ninguna batalla.

—No se trata de escaramuzas aisladas, sino de la batalla final. Ahí es donde se decidirá la guerra.

—Y… ¿cuándo se celebrará esa batalla?

Trudno se encogió de hombros.

—Por ahora, imposible saberlo —contestó.

Ya estaban en el espacio. De repente, Camila lanzó una exclamación:

—¡Ray! ¿Se le ha ocurrido pensar que Cortel habrá anunciado su triunfo?

—Es posible, pero nosotros apareceremos para desmentir sus palabras. Si lo ha hecho, correrá un ridículo espantoso.

—Será divertido ver la cara que pone cuando se entere de que nos hemos salvado —sonrió la joven—. Ray, él quiso matarme también a mí.

—Camila, no olvide que Cortel defiende a Khammys. Es el resultado final lo que cuenta.

—Sin importar las víctimas.

—¿Qué se cree que estamos haciendo? Es la guerra, Camila —respondió él significativamente.

—Sí —musitó ella—, creo que tiene razón.

Permaneció en silencio durante unos momentos.

Luego preguntó:

—¿Vamos ahora a Boore, Ray?

—No. He puesto rumbo a Hippion.

—¿Por qué? —quiso saber Camila.

—Usted debe ser sometida a un completo reconocimiento médico. Está curada, pero no sabemos si el veneno dejó secuelas que podrían manifestarse más tarde. Aparte de que yo no soy médico, carezco aquí de aparatos y elementos suficientes para un análisis completo.

—Entiendo. Le agradezco el gesto, Ray.

—Su prometido me lo agradecerá más —sonrió él.

Camila se ahuecó el pelo con gesto lleno de coquetería.
—No le quepa la menor duda, Ray —contestó.

* * *

La noticia de su llegada al astropuerto de la capital de Hippion se había extendido rápidamente y la nave fue acogida por una nube de informadores y periodistas de todo género. La curiosidad era general en la Galaxia por aquella singular guerra que se estaba librando entre dos planetas y sostenida por un hombre solo en cada bando.

Una ambulancia se abrió paso dificultosamente entre la masa de espectadores y periodistas. Camila se despidió de Trudno, embarcó en el vehículo y fue conducida inmediatamente al hospital.

Trudno afrontó serenamente a los periodistas.

—Cortel anunció que le había derrotado —dijo uno.

—Es un embustero —contestó el joven sonriendo.

—Khammys se atribuye la victoria.

—Son demasiado optimistas.

—¿Cómo se consideraría usted definitivamente derrotado, señor Trudno?

—Muerto.

—¿Mataría usted a su adversario, si se le presentase la ocasión?

Trudno estudió cuidadosamente la respuesta que debía dar.

—Sólo lo haría si para defender mi propia vida y viendo, además, que no me quedaba otro recurso.

—En ese caso, ¿cómo estimará usted que su adversario está derrotado?

Trudno sonrió.

—Atarlo de pies y manos y entregarlo al gobierno de este planeta sería una buena solución, ¿no es cierto?

—¿Consideraría el gobierno de Khammys el apresamiento de su defensor como una derrota?

—Si Khammys se queda sin «ejército», ¿cómo podría continuar haciendo la guerra?

Sonaron algunas risitas.

Un periodista dijo:
—Señor Trudno, no hay manera de cogerle a usted con un pie en el aire.
—Por eso estoy con vida todavía, caballeros. ¿Alguna pregunta más?
Varios informadores quisieron conocer datos de sus andanzas hasta su llegada a Hippion. Trudno fue amable y complaciente con todos. Conocía el valor de unas buenas relaciones públicas y sabía que entre los periodistas los había de numerosos planetas, sin excluir del propio Khammys. Sus respuestas, en general, fueron breves, pero certeras y cáusticas cuando se rozaba el tema de su adversario.
Trudno procuró realzar las cualidades de Cortel, aunque sólo en apariencia. En realidad, hizo una labor astuta, incisiva, brillante en la forma, pero demoledora en el fondo.
A fin de cuentas, estaba haciendo la guerra y… ¿no valía cualquier medio para conseguir la victoria?

Capítulo X

Sonó la campanita del visófono. Trudno se acercó al aparato y presionó la tecla de contacto.

La cara de Camila apareció en la pantalla. El fondo era blanco de hospital.

—Hola —saludó él—. ¿Cómo se encuentra?

—Bien —contestó la joven—. Agotada por tantos reconocimientos, pero nada más.

—Le conviene —dijo Trudno—. ¿Estará aún muchos días?

—Una semana, aproximadamente. Ray, he leído los diarios televisados.

—¿Y…?

—Sus declaraciones sobre Cortel son abrasadoras, por no calificarlas de otro modo.

Trudno sonrió.

—Una medida hábil, estimo yo, aunque sea inmodestia.

—Usted dice que Cortel es valiente, pero moroso en la acción.

—Lo admito.

—¿No es ésa una forma disimulada de llamarlo cobarde?

Trudno continuaba sonriendo.

—Sin comentarios —respondió.

—Además ha dicho que los planes de ataque de Cortel poseen el toque de una brillante imaginación. Sin embargo, adolecen del defecto de una lentitud en la acción y de la falta de ajustar los menores detalles.

—También es verdad —admitió Trudno.

—Ray, ¿qué se propone usted con esas declaraciones?

—Camila, póngase usted en el lugar de Cortel. ¿Qué haría?

—Loprimero, sentirme furiosa.

—¿Y después?

—Atacarle.

—¿Cómo?

—Pues…nolo sé, yo no soy un mercenario —dijo la joven—. Pero le atacaría sin pérdida de tiempo.

—Y tal vez sin meditar demasiado sobre las consecuencias de su acción, ¿no es así?

—Cierto. Cuando una persona se pone muy furiosa… Porque es preciso reconocer que usted, con buenas palabras, le ha llamado cobarde y traidor.

Trudno sonrió.

—Gracias por su comprensión, Camila —dijo.

Ella le miró aprensivamente.

—Ahora siento miedo por usted, Ray —dijo.

—Yo no soy su prometido, Camila.

—Oh, dejemos eso de una vez. ¿Por qué no se esfuerza por terminar la guerra cuanto antes?

—Victoriosamente, por supuesto.

Camila se mordió los labios.

—Terminar la guerra —dijo evasivamente.

—Como sea, ¿no?

—Como sea, pero con tal de que sobreviva usted,Ray.

—Lo intentaré, Camila. Confío en poder darle pronto noticias tranquilizadoras.

Ella suspiró con alivio.

—Así lo espero, Ray. Buena suerte.

—Gracias, Camila.

Trudno cortó la comunicación. Una extrañasonrisaflotaba en sus labios.

La conversación con Camila le había dejado unagradable sabor de boca. Valía la pena haber viajada hasta Hippion, se dijo. Luego consultó su reloj.

—¡Cielos, se me está haciendo tarde! —exclamó. Y se dirigió rápidamente hacia la puerta, puerta, puesquería efectuar una consulta antes de abandonarelplaneta.

* * *

Enla Biblioteca Pública de la capital de Hippionllenó una ficha

con el título del libro que deseaba leer.

El bibliotecario que le atendió hizo una rápida consulta.

—Pase a la máquina setenta y siete —dijo al cabode unos segundos.

—Muchas gracias.

Había varias salas de gran tamaño, llenasdelectoressituados cada uno ante su respectiva máquina, El silencio era absoluto.

Trudno buscó la lectora número setenta ysiete.Una vez la hubo encontrado, se sentó en un cómodo sillón y movió el brazo giratorio en el que estabansituados los mandosdel aparato. Presionó una tecla y la pantalla se iluminó de inmediato.

Un segundo más tarde, apareció el título del libro en la pantalla:

GEOGRAFÍA PLANETARIA DEL X SECTOR

DE LA GALAXIA

El brazo del sillón disponía de un mando con el cual se aceleraba o retrasaba la velocidad de lectura, según la capacidad de cada cual. Trudno hizo desfilar ante sus ojos sucesivas imágenes de páginas impresas —en realidad, eran rollos que se deslizaban de abajo arriba y no páginas que giraban de derecha a izquierda—, hasta que encontró la sección que deseaba.

Entonces refrenó la velocidad del rollo, hasta dejarlo en la correspondiente a su capacidad de captación visual. Durante largo rato, estuvo empapándose y aprendiendo de memoria los datos que necesitaba.

Repitió la lectura una segunda vez. Era un hombre rápido leyendo, pero, aun así, el tiempo total de estancia en la biblioteca superó de largo los noventa minutos.

Cuando salió era de noche.

Lloviznaba ligeramente. Las calles estaban casi desiertas. La capital era muy antigua en aquel sector, cuyos edificios no carecían de un indudable mérito arquitectónico. Por eso se habían salvado de la piqueta y no se habían destruido para elevar en su lugar otros más capaces y modernos, como sucedía en la parte nueva de la ciudad.

Dado el carácter de aquel sector, la instalación de aceras móviles

resultaba punto menos que imposible. Hasta que no llegase a parajes ciudadanos más despejados, tendría que caminar a pie.

Caminó abstraído en sus pensamientos durante unos minutos. De pronto, creyó oír pasos a su espalda.

Inmediatamente, abandonó sus reflexiones. El espíritu de defensa renació en él de modo instantáneo.

No cometió la imprudencia de volver la cabeza. Siguió caminando con paso normal, pero al cabo de unos momentos divisó una calle transversal, más angosta y oscura, y se metió por ella sin vacilar.

La iluminación era deficiente. El pavimento, antiguo, de grandes losas de piedra, brillaba en la humedad de la noche.

Trudno alcanzó de repente una puerta y se guareció en el quicio. Los pasos de su perseguidor sonaron ahora con ritmo más vivo.

El hombre alcanzó el portal y lo rebasó. Entonces Trudno, cortésmente, preguntó:

—¿Me buscaba a mí?

El sujeto se revolvió velozmente, tanto, que su acción halló a Trudno casi completamente desprevenido. Llevaba algo en la mano y lo arrojó contra su perseguido.

El objeto chocó contra la barrera de energía y se deshizo en una violenta y casi silenciosa llamarada. Un enorme chorro de fuego brotó en el acto a treinta centímetros del pecho de Trudno.

El mercenario se lanzó a un lado y rodó varias veces sobre sí mismo. Su atacante conocía muy bien lo que era un escudo de energía. En consecuencia, le había atacado con una de las pocas armas capaces de atravesar aquella protección.

Era una bomba inflamable. La cáscara, sólida, por supuesto, se había deshecho al tocar la barrera de energía, pero el líquido contenido se había inflamado en el acto. Las llamas no eran un objeto sólido, como no lo era tampoco la atmósfera que envolvía a Trudno, a pesar de la barrera. De otro modo, no habría podido respirar.

Las llamas eran gases a elevada temperatura, que se encendían y atravesaban los obstáculos no sólidos. Trudno escapó por centímetros a una muerte horrible. Rodó varias veces, alejándose de aquel foco de fuego, hasta considerarse relativamente a salvo.

Su atacante había iniciado la fuga. Trudno, todavía en el suelo,

sacó una pistola de proyectiles sólidos y disparó.

El fugitivo dio un salto y cayó al suelo. Trudno se levantó y corrió hacia él.

Se arrodilló a su lado y le golpeó en los hombros. Esperaba oír un ruido de metal forrado de plástico, pero se equivocó.

Aquellos hombros eran de carne y hueso.

Trudno dio la vuelta al individuo. Sus ojos estaban muy abiertos, pero no veían.

¿Era posible que Cortel hubiese recurrido a una argucia semejante?, se preguntó.

Ello le daba derecho a solicitar su descalificación como adversario. Por tanto, Khammys había perdido la guerra, pero ¿cómo probar que el individuo había obrado inducido por Cortel?

El combustible de la bomba continuaba ardiendo todavía, aunque con intensidad decreciente. Se oían gritos de alarma a lo lejos.

Trudno registró velozmente las ropas del cadáver. Un minuto después, se puso en pie y huyó a la carrera de aquel lugar, justo cuando los primeros curiososhacían acto de presencia en la entrada de la calle.

* * *

La cartera de su atacante muerto contenía algunas cosas interesantes.

Según la documentación, se había llamado Tolben Nr'quax. El prefijo «Nr'» de su apellido indicaba sobradamente su origen hippionita.

También encontró un delgado fajo de billetes. Sólo había diez, pero cada uno de ellos era de mil talentos, moneda galáctica.

—La vida de un hombre, en Hippion, vale diez mil talentos —murmuró.

¿Lo había pagado Cortel?

Pudiera ser, calculó. A fin de cuentas, los gastos eran ilimitados.

Ni a él ni a su adversario les habían fijado un tope para los gastos. Sólo les pedían resultados. Bien, los obtendría, pensó, tras

haber revisado a fondo los demás objetos personales del difunto.

Pero ya no encontró nada más interesante. Permaneció unos momentos pensativo, hasta que, de pronto, se le ocurrió una idea.

Era ya un poco tarde, no obstante, para ponerla en práctica. Tras asegurarse de que nadie podría entrar en su dormitorio sin su conocimiento, se metió en la cama y poco después dormía profundamente.

Los periódicos televisados publicaron la noticia a la mañana siguiente. Incluso se emitió una fotografía de Nr'quax. La opinión de la policía hippionita era de que el móvil del crimen habíasido el robo.

«Esto me conviene», pensó Trudno.

Después de desayunar, abandonó el hotel, tras haber conseguido una dirección. En la mano llevaba una fotografía de Nr'quax, obtenida de un periódico normal.

Media hora más tarde, entraba en un edificio de líneas austeras. Sobre el frontis de la entrada, se leía un rótulo:

DIRECCIÓN
DE INVESTIGACIONES TEMPORALES

Un individuo le salió al encuentro. Trudno le indicó sus deseos.

El empleado contestó negativamente.

—No puede ser —dijo.

—Primero, usted es extranjero. Segundo, debe traer una autorización del propio presidente del gobierno.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Trudno.

—Arrans Nr'bar, señor.

—Bien, amigo Nr'bar, hable usted con su jefe o con quien sea y dígale que yo, Ray Trudno, quiero realizar una investigación temporal. Si su jefe duda de mí, que haga una consulta al propio Primer Ministro. ¿Acaso quieren ustedes perder la guerra con Khammys?

Nr'bar le reconoció entonces.

—¡Gran Galaxia, no! —exclamó—. Perdón, señor; no le había conocido… Claro que, tratándose de usted, todas las formalidades sobran. Sígame, por favor, señor Trudno.

—Muchas gracias, amigo —contestó el mercenario amablemente

—. Ah, durante la investigación, deseo estar solo, sin testigos.

—Sí, señor, por supuesto.

—Y otra cosa: mi visita aquí ha de permanecer en el más profundo secreto.

—Todas las investigaciones temporales que se realizan en este centro son confidenciales, señor —contestó Nr'bar con virtuoso acento.

—Eso me gusta mucho —sonrió Trudno complacidamente.

CAPÍTULO XI

Trudno se sentó ante la máquina de investigaciones temporales, una de cuyas principales características era una pantalla de metro y medio de lado. Delante de él, tenía un teclado semejante al de una máquina de escribir y un micrófono.

Empuñó el micrófono.

—Contacto con el Centro de Registro de Personas de Hippion —dijo.

—Manifieste el nombre y demás datos de la persona que desea investigar —contestó una voz.

Trudno repitió de memoria los datos de Nr'quax. Al cabo de unos momentos, la voz dijo:

—Coordenadas temporales de Tolben Nr'quax: FT-775, 6 h., 12 min., 22 s. 344 miliseg. Onda temporal terciaria. Eso es todo.

Trudno escribió a medida que le dictaban. Al terminar, marcó la fecha y la hora en que había tenido lugar su encuentro con Nr'quax. Finalmente, pulsó la tecla de puesta en marcha, fijándola en RETROCESO TEMPORAL.

La pantalla se iluminó. Reflejaba la escena en el momento en que Nr'quax le lanzaba la bomba incendiaria. Parecía una película.

Las escenas se desarrollaron en sentido inverso. Ahora se veía él, al fondo, con Nr'quax en un primer plano, los dos caminando hacia atrás.

Trudno entró en la Biblioteca Pública subiendo hacia atrás los escalones. Nr'quax estaba en una esquina, aguardándole escondido.

Aceleró la marcha de la investigación. Nr'quax se alejó de la biblioteca.

Trudno continuó siguiéndole los pasos. Necesitó pasar allí muchas horas, ganando tiempo, sin embargo, a base de acelerar escenas poco interesantes. Una vez captó Nr'quax viendo su imagen en un noticiario televisado.

Finalmente, vio entrar a Nr'quax en una casa de lujoso aspecto,

situada en las afueras de la ciudad. La apariencia de Nr'quax era corriente, de modo que no podía extrañar su presencia en aquel lugar.

De repente, la pantalla se opacó. La escena se cubrió rápidamente de una espesa niebla y todas las imágenes desaparecieron de la vista de Trudno.

Un rótulo apareció bruscamente en la pantalla. Decía:

INVESTIGACION SUSPENDIDA

Trudno frunció el ceño. La pantalla se apagó del todo, sin que nadie le diera más explicaciones.

Una cosa era evidente: había alguien a quien no le convenía que la investigación temporal siguiera su curso.

Y esa persona, indudablemente, tenía el poder suficiente para paralizar la investigación. Lo más seguro era, pensó, que se hubiese cubierto contra aquella eventualidad con anticipación.

Pero ¿por qué no lo había hecho antes?, se preguntó.

Había una explicación, a su entender. El autor de la suspensión no había calculado aquella posibilidad sino hasta muy tarde, cuando él había iniciado ya la investigación. De lo contrario, ¿por qué no haberla suspendido desde un principio?

Era la única respuesta a sus dudas. No obstante, había ganado un detalle precioso: conocía la casa a la cual había entrado Nr'quax y conocía también el día y la hora.

Se puso en pie y abandonó la sala.

Nr'bar esperaba en la estancia contigua.

—¿Todo bien, señor? —preguntó amablemente.

—Muy bien, Nr'bar. Ha sido una investigación muy fructífera. Le agradezco la cooperación sinceramente.

—Sólo deseo que gane la guerra, señor —dijo Nr'bar.

—Así lo espero yo también. Adiós, amigo.

—Adiós, señor Trudno.

El mercenario abandonó el Centro de Investigaciones Temporales. Sus trabajos, sin embargo, no habían terminado todavía.

* * *

Cuatro días más tarde, la «Sylvia» tomaba tierra en la superficie de Khamm III, el satélite objeto de litigio.

Era un astro de unos mil seiscientos kilómetros de diámetro, con un octavo de gravedad, muerto, sin atmósferarespirable. El horizonte estaba cortado por una cordillera de bordes aserrados. En el suelo abundaba el polvo mineral.

Decenas de miles de años antes, Khamm III tal vez habría sido habitable. Ahora era un mundo muerto. Trudno encontró restos fósiles de vegetales rarísimos, así como esqueletos de animales de forma incomprensible, conservados perfectamente en un mundo sin atmósfera.

Era preciso caminar con gran cuidado, si no quería hundirse en algún pozo de polvo, de profundidad incalculable.

Exploró las inmediaciones del punto de aterrizaje, hasta encontrar un trozo de terreno sólido. La disputa por aquel mundo muerto parecía absurda,ridícula.

Hippion había querido comprar Khamm III. Khammys, considerando que el satélite le pertenecía, había estimado como un insulto la propuesta de compra y había declarado la guerra.

Una guerra no menos absurda, librada por dos únicos combatientes, cada uno de los cuales representaba, por lo menos, a doce mil millones de seres humanos. ¿Valía la pena, para los hippionitas, arriesgarse a perder la guerra y pagar durante años diez talentos anuales por persona, con sus intereses acumulativos?

¿Podrían los hippionitas resistir aquel tributo, caso de perder la guerra?

Y, si él derrotaba a Cortel, ¿qué ganarían con aquel mundo muerto y desolado?

Tras haber elegido el lugar, regresó a la nave y empezó a sacar una serie de aparatos e instrumentos de medida y registro, que llevó al punto en que debían ser montados. Era una roca grande, que sobresalía una docena de metros de la llanura quelarodeaba; más bien un promontorio de piedra, de no difícil acceso.

Empezó a trabajar sin pérdida de tiempo. Estaba a dos días luz de Hippion, pero sólo a doscientos diez millones de kilómetros de

Khammys.

La diferencia, pues, era notoria. Podía contemplar Khammys a simple vista, como una bolita brillante de plata, en las profundidades del espacio. Hippion era invisible, pero conocía su posición perfectamente.

Durante horas enteras estuvo manejando los instrumentos y realizando cálculos y anotaciones. Al fin, creyó haber llegado a una conclusión.

De pronto, se sintió volar por los aires, a la vez que un deslumbrante fogonazo estallaba casi a sus pies.

* * *

El octavo de gravedad de Khamm III impidió que sufriera apenas daños en su caída. La explosión, sin embargo, había sido muy violenta y le dejó aturdido durante unos instantes.

Los aparatos habían saltado destrozados. Una segunda explosión se produjo y enormes fragmentos de roca volaron en todas direcciones.

El pedrusco que le había servido de observatorio le salvó la vida. Trudno se levantó rápidamente y corrió a buscar su abrigo, alcanzándolo justamente cuando una tercera granada explotaba en la cima.

El traje de vacío era fuerte y resistió bien los impactos de los trozos de roca despedidos por las explosiones. Trudno adivinó en el acto la identidad de su atacante.

Alistó sus armas. Habría sido una tontería desembarcar sin su equipo a punto. Una de las armas consistía en un diminuto fusil lanza granadas, que sacó de una mochila que llevaba a la espalda.

Colocó una granada en el cañón y disparó inmediatamente por encima de la roca. El proyectil partió, dejando una estela rojiza. Describió una larga parábola y luego inició su descenso de una manera irregular en apariencia.

La granada, sin embargo, no era defectuosa. Simplemente, su detector rastreaba una fuente de calor.

Trudno se asomó cautelosamente por un lado de la roca. A

cuatrocientos metros de distancia, alguien disparó un contraproyectil.

La granada estalló a cien metros del suelo. Trudno disparó rápidamente otra granada, pero de nuevo su antagonista consiguió rechazar el ataque.

—¡Trudno! —oyó de repente en su receptor de radio.

—¿Eres tú, Cortel? —preguntó.

—¡Naturalmente! ¡Quién otro podría ser! Oye, ahí va eso. Que tengas suerte.

Trudno se agazapó en el suelo. Segundos después, oyó el impacto del siguiente proyectil en el lado opuesto de la roca.

La tierra trepidó ligeramente. Otro proyectil llegó a renglón seguido del anterior y luego varios más, disparados casi como con una ametralladora.

El montículo, sin embargo, era sumamente resistente. Trudno pensó que Cortel, tal vez, podía disparar con proyectiles desintegrantes, pero una cosa era desintegrar a una persona y otra, muy distinta, tratar de hacer lo mismo con una masa de roca de varios cientos de metros cúbicos.

De pronto, consultó su termómetro exterior. Frunció el ceño.

La temperatura del suelo había subido. Por tanto, lo que Cortel disparaba no eran proyectiles desintegrantes, sino térmicos.

Su adversario debía de estar muy bien provisto de tales proyectiles, porque las descargas no cesaban un solo momento. Trudno comprendió que Cortel pretendía convertir el montículo en lava fundida.

Era preciso hacer algo. La situación no podía prolongarse indefinidamente. Por otra parte, era inútil disparar granadas rastreadoras, porque su enemigo tenía la contraarma correspondiente.

Tocó la roca con la mano izquierda. A través del guante espacial, notó ya algo de calor. Lo difícil, se dijo, era arrancar la roca de la inercia del frío del espacio. Después se calentaría con extraordinaria rapidez y se iniciaría velozmente el proceso de fusión.

Un mercenario, cuando estaba en campaña, no dejaba de llevar en su equipo una serie de armas, de los más distintos géneros. Trudno no podía ser la excepción de la regla.

Sacó de la mochila algo parecido a una pistola, de cañón

descomunal, y comprobó su carga. Luego, lenta y cautelosamente, se arrastró por el suelo, alejándose un poco de la roca, que ya empezaba a tomar un color rojo vino, a consecuencia de las incesantes descargas térmicas.

De repente, alzó la mano, apuntó y disparó, manteniendo constantemente la presión de su dedo sobre el gatillo. Una serie rapidísima de bolas de deslumbrante blancura partió de su pistola en dirección a su adversario.

Las bolas, al salir del arma, no eran mayores que pelotas de tenis. Su desplazamiento se efectuaba con velocidades increíbles, pero, realmente, no eran proyectiles sólidos, sino núcleos de luz comprimida que, de repente, al hallarse en las cercanías de su blanco, empezaron a estallar con fulgores deslumbrantes.

Cada bola pareció convertirse en un diminuto sol, de luz cegadora. Trudno cerró los ojos mientras las bolas convertían en día la noche espacial. A través de los auriculares de la radio oyó un rugido de rabia de su contrincante.

Apenas había estallado la última bola, Trudno se puso en pie y echó a correr. Cortel estaría cegado durante algunos minutos.

La gravedad tan baja de Khamm III facilitaba su carrera. Mientras corría, preparó la pistola lanzagranadas y disparó los dos últimos proyectiles que le quedaban.

Las granadas explotaron a treinta metros del suelo. Trudno supo así que Cortel se había envuelto en una cúpula de energía, operación que debía de haber realizado a tientas, mientras duraba su período de ceguera. Era una protección muy efectiva; nada que no fuese una bomba nuclear podría romperla, pero con el inconveniente de que la persona que se hallaba en su interior tampoco podía usar sus armas.

Trudno alcanzó su nave y se sentó ante los mandos. Un minuto más tarde, alzaba el vuelo. Los detectores le indicaron que la nave de Cortel estaba demasiado lejos para intentar destruirla. Aceleró al máximo y pocos minutos más tarde, el satélite se había perdido de vista.

* * *

Cuando regresó al hotel, se encontró con un mensaje.

Era una nota escrita de Camila. Simplemente, decía: «Llámame apenas regreses. Visófono: BOH-4040- III».

Trudno guardó la nota y subió a su habitación. Lo Primero que hizo fue meterse en el baño. Sentía necesidad de relajar no sólo los músculos, sino también los nervios.

Media hora de inmersión en agua templada le bastó para quedar como nuevo. Encargó una sustanciosa comida y, mientras se la traían, marcó el número de visófono de Camila.

La cara de la muchacha apareció a poco en la pantalla.

—¡Ray! —exclamó—. ¿Dónde ha estado?

Trudno sonrió.

—Por ahí —contestó evasivamente.

—Se marchó sin despedirse de mí —le reprochó la joven.

—Tenía prisa.

—Ni siquiera me mandó flores al hospital.

—Es un olvido imperdonable. No sé cómo excusarme, Camila.

—¿Puedo, al menos, saber dónde ha estado?

—A través del visófono, desde luego no. Lo siento.

Ella guardó silencio un instante.

—Me gustaría hablar con usted personalmente —dijo después.

—Ahora voy a comer —respondió Trudno.

—Cuando haya terminado.

—¿Es algo importante, Camila?

La joven le dirigió una mirada extraña.

—Hablaremos luego, Ray —fue todo lo que dijo.

—Como quiera. Venga cuando guste.

—Gracias, Ray. ¿Marchó… todo bien? —preguntó la joven.

—No puedo quejarme —sonrió Trudno. De prontooyó que llamaban a la puerta—. Ah, ya me traen la comida. Dispénseme, Camila.

Cortó la comunicación. Dio permiso y una camarera entró empujando un carrito de ruedas.

—Déjelo todo aquí —ordenó—. Ahora, cuando baje, diga en recepción que me faciliten el número de la cadena de televisión más importante.

Trudno apoyó la petición con una moneda de dos milésimos de talento. La camarera abrió unos ojos como platos.

—Sí, señor, al momento. Muchas gracias, señor.

Trudno se aplicó a llenar el estómago. No tardómucho en tener el número de la emisora de televisión. Suspendió un momento la comida y se acercó al visófono.

Momentos después, estaba en contacto con la emisora. Dio su nombre y manifestó sus deseos de hablar con el director personalmente.

El nombre de Trudno corría de boca en boca en aquellos días. El director de la emisora no se hizo mucho de rogar.

—Tengo que hacer unas declaraciones públicamente —manifestó Trudno—. ¿Le interesaría una exclusiva?

—¡Por cierto que sí! —contestó el hippionita—. ¿Son interesantes?

Trudno sonrió.

—No voy a hablarles de las bellezas arquitectónicas de la ciudad —respondió—. Lo que sí quiero es que esas declaraciones se emitan lo antes posible.

—Ahora mismo envío a un equipo de grabación a su hotel, señor Trudno —prometió el director de la emisora.

Capítulo XII

Camila empujó ligeramente la puerta y vio que la habitación estaba invadida por una serie de personas que le resultaron absolutamente desconocidas. Había focos, lámparas de todas clases, un par de cámaras y el suelo estaba lleno de cables.

Una mujer de bata blanca, con una caja de lápices de colores en las manos, esperaba a un lado. Distintos técnicos comprobaban el funcionamiento de las cámaras en imagen y sonido. Reclinado indolentemente en un diván, Trudno aguantaba el acoso de un locutor con la sonrisa en los labios.

—¿De modo que se ha cansado usted de la persecución? —preguntaba el periodista en aquellos momentos.

—Sí —contestó Trudno—. Oiga, no se puede estar toda la vida detrás de un individuo. A mí me dijeron que tendría que guerrear contra un hombre, no contra una liebre.

El periodista emitió una risita cortés.

—Tiene usted razón, señor Trudno. Hasta ahora, no se puede decir que la actuación de su adversariohaya sido demasiado lucida. Pero ¿no ha elaborado un plan para la última y definitiva batalla? Cuando empezamos la entrevista, usted me dio a entender algo por el estilo…

—En efecto —respondió Trudno—. Ya le he dicho que estoy cansado de correr tras Cortel. Eso se ha acabado, al menos, así lo pretendo yo. Quiero, desde aquí, retarle públicamente a un duelo; así veremos qué clase de sujeto es el que defiende los intereses en Khammys.

—¿Un duelo? ¿Cómo? ¿De qué clase, señor Trudno?

—Público, delante de las personas. Estarían permitidas todas las armas que no fuesen pistolas, de cualquier género que sean éstas. Sólo armas blancas: lanzas, espadas, arcos y flechas, puñales, incluso látigos… En fin, usted ya me comprende.

—Desde luego, señor Trudno. ¿Qué lugar propone usted para la

celebración del duelo?

—Attlerx-V posee un estadio magnífico. Ese planeta podría considerarse como terreno neutral, dado que, aproximadamente, está a igual distancia de Hippion que de Khammys. No quiero concederle ninguna ventaja a mi adversario, pero, claro, a mí me parece que ya es hora de que acabemos la guerra de una vez.

—Tiene usted mucha razón, señor Trudno. Pero ¿cree que su adversario aceptará?

Trudno emitió una sonrisa de falsa malignidad, destinada a impresionar a los espectadores de la televisión.

—Después de que usted haya lanzado al aire esta entrevista, sabremos si Khammys acertó al encomendar a Cortel la defensa de sus intereses o, por el contrario, eligieron a un cobarde.

—Muchas gracias, señor Trudno. Eso es todo por nuestra parte.

Los focos se apagaron. La mujer de la bata blanca avanzó hacia Trudno y empezó a quitarle el maquillaje. Los técnicos, mientras recogían sus artefactos, hacían toda clase de comentarios.

Camila permaneció discretamente en un rincón, hasta que la estancia se hubo vaciado. Entonces avanzó hacia Trudno.

* * *

El mercenario cogió ambas manos de Camila y la contempló de arriba abajo, con expresión satisfecha.

—Está más guapa que nunca —dijo.

Ella se ruborizó un poco, pero no dejó de expresar su enfado.

—Déjese de tonterías ahora —contestó en tono algo irritado—. ¿Dónde ha estado? ¿Qué ha hecho durante todos estos días?

—Trabajar —contestó él, soltando sus manos.

—¿En qué?

—Querida, la guerra no consiste sólo en pegar tiros.

—¿Ha estado elaborando planes de combate?

—Algo por el estilo. Pero, además, también ha combatido.

—¿Con Cortel?

—¿Con quién otro podría ser?

Camila dio una ligera patadita en el suelo.

—¿Por qué no es más explícito?

—Por la sencilla razón de que quiero guardar el secreto de cuanto he hecho —respondió él.

—¿No se confiaría ni a mí siquiera?

—No. Lo siento, Camila; no se enoje, se lo ruego.

Ella se mordió los labios.

—Está bien —dijo—. Debe de tener poderosas razones para obrar así…

—Las tengo, no lo dude.

—He asistido a una parte de su entrevista —dijo ella—. ¿Cree que Cortel aceptará?

Trudno sonrió.

—No le queda otro remedio —dijo.

—Le ha llamado cobarde.

—No lo es, pero había que espolearle de algún modo.

—Es un truco indigno de usted —acusó ella.

—¿No quedamos que todos los medios están permitidos? Ya sé que Cortel no es un cobarde, pero ahora no le quedará otro remedio que venir a mi terreno.

—Atterx-V es neutral.

—Lo sé. Sin embargo, ahora nos encontraremos delante de la gente y no en cualquier rincón perdido de la Galaxia. Además eso tendrá un aliciente mucho mayor, ¿no lo cree?

—¿Será un combate a muerte?

Trudno la miró al fondo de los ojos.

—Usted ¿qué cree?

Camila se puso pálida.

—No debió haber aceptado, Ray —dijo.

—Usted fue la que me hizo la proposición.

—Ahora me arrepiento.

—Oh —rió él—. ¿Qué diría su novio si la escuchara?

—¡No tengo novio! —dijo ella furiosamente—. Es hora ya de que lo sepa. Si se lo dije fue…, fue porque me habían dicho que usted era…, era…, es un tipo que…

Trudno seguía sonriendo.

—Un don Juan, vamos —puntualizó.

—Algo por el estilo. Y puesto que íbamos a tener relación, no quería que usted iniciase avances que yo…, que yo me vería

obligada a rechazar.

—¿Está segura de ello, Camila?

Ella estaba roja como una guinda.

—Me parece que usted sabe más de lo que aparenta —contestó.

—Camila, cuando estuvo inconsciente a causa de aquel pinchazo de los espinos venenosos, usted deliraba.

—Entiendo. Y usted oyó…

—Muchas cosas —sonrió Trudno.

—Y ¿por qué no me ha dicho nada hasta ahora?

—Un caballero debe ser siempre discreto con las confidencias que recibe de una dama, aunque esas confidencias lleguen a causa de un delirio.

—Conmigo no tenía necesidad de ser discreto.

—No se había suscitado aún la discusión sobre el tema.

Camila sonrió ligeramente.

—Me parece que usted sabe muchas cosas más, aparte de manejar las armas —dijo.

—Poseo una moderada experiencia sobre las cosas de la vida —respondió Trudno virtuosamente—. ¿Sigues arrepentida de haberme buscado? —preguntó, tuteándola de súbito.

—En un punto, sí —dijo Camila, muy seria—. No se refiere a nada personal de los dos, sino…

—Sino a la guerra, ¿verdad?

—Sí. Ray, presiento que hay algo que no marcha bien. No sabría decírtelo, pero…

Trudno apoyó una mano en el brazo de la joven.

—No te preocupes —dijo en tono persuasivo—. Todo saldrá bien.

Ella le dirigió una profunda mirada.

—Cortel te matará si puede —murmuró aprensivamente.

—Tú lo has dicho bien. Si puede.

—Pero… ese duelo… ¡Es absurdo, estúpido!

—¿Preferirías que continuáramos con este juego del ratón y el gato? Es necesario acabar de una vez, y tú misma lo comprendes, aunque te disguste la forma en que ha de acabarse esta guerra.

Camila asintió.

—Es cierto…, pero sentiría mucho si te pasara algo, Ray.

Trudno sonrió suavemente.

—Saldré adelante, ya lo verás —prometió—. Ahora sólo falta esperar la respuesta de mi rival.

La miró a los ojos. Ella remoloneó un poco, pero acabó por sonreír también.

—Un día acabarás por reconocer que lo mejor que pudiste hacer es ir a contratarme para defender tuplaneta —concluyó Trudno.

* * *

La respuesta de Jan Cortel llegó veinticuatro horas más tarde y se hizo pública por todas partes.

Cortel aceptaba el duelo, con una sola condición: ¡a muerte!

El combate se celebraría en el estado de Attlerx-V una semana más tarde. Uno de los dos contendientes entraría en el estadio, pero ya no saldría de él por su propio pie.

* * *

La expectación en el X Sector de la Galaxia y aun en la Galaxia misma era enorme.

En el estado de Attlerx-V se iba a dilucidar el último acto de aquella singular guerra que iba a enfrentar a dos planetas. Uno de ellos, Hippion, no parecía que fuese a sacar muchas ventajas, caso de ganar la guerra. Parecía que Khammys podía pasarse muy bien sin su satélite Khamm III.

En cambio, Khammys ganaría un enorme botín si su representante alcanzaba la victoria. Durante veinticinco años, su rival estaría pagando un tributo, cuyo monto total, con intereses, superaría de largo los cuatro billones de talentos. Una suma fantástica, aun en una época en que lo fantástico era normal.

El combate sería retransmitido por televisión a todos los puntos de la Galaxia. Los canales de ondas subespaciales permitirían la transmisión casi instantánea de la pelea. Aun al punto más lejano llegarían las imágenes sólo con unas pocas horas de retraso.

A pesar de todo, el interés por conseguir una localidad en el gran estadio de Attlerx-V era enorme. El mercado negro entró en funcionamiento inmediatamente.

La capacidad del estadio era de unas cuatrocientas mil personas. Hubiera tenido cuatro millones de asientos y habría resultado insuficiente.

Las entradas más baratas, cincuenta milésimos de talento, se pagaban a diez, veinte, treinta y aun cien veces su valor. En cuanto a las más caras, es decir, las más próximas a la arena, que valían ordinariamente un cuarto de talento, estaban reservadas a potentados. No se encontraba ninguna por menos de quince o veinte talentos.

Las gentes afluían de todas partes de la Galaxia, ávidas de encontrar una localidad. Era una incesante romería de astronaves de todo tipo y género que desembarcaban en los astropuertos de Attlerx-V sin quesu aflujo cesara un solo momento. Las autoridades empezaron a temer se presentaran serios problemas de alimentación. De alojamiento ya no había ninguno, porque a las veinticuatro horas de anunciada la pelea, se habían agotado ya todas las habitaciones en los hoteles de la capital. Todo el que llegaba a Attlerx-V debía dormir, simplemente, al raso.

Los vendedores de chucherías y «souvenirs» hacían su agosto. Se vendían también fotografías de los dos contendientes, con sus biografías, queteníanmuy poco de verdaderas. Centenares de sujetos les radiografiaron, enviándoles disparatados consejos para la lucha. Las propuestas de matrimonio que recibieron fueron innumerables.

La policía local resultó impotente para garantizar un mínimo de orden y hubo de recurrirse al ejército. Era una invasión jamás vista y ni siquiera soñada en Attlerx-V, pero, al mismo tiempo, aunque breve, una fabulosa fuente de beneficios. Literalmente, era una auténtica lluvia de oro la que estaba cayendo sobre aquel planeta.

Los periodistas habían caído asimismo sobre Attlerx-V como bandada de langosta. Trudno optó por no conceder ninguna entrevista; hubiera necesitado las veinticuatro horas del día para atender solamente a los periodistas.

Y tenía muchas cosas que hacer antes del combate: cultivar sus músculos y sus reflejos sobre todo y recordar su habilidad en el manejo de las armas blancas. Porque no olvidaba que aquel duelo

iba a ser sin cuartel.

Al fin, y en medio de una inmensa expectación, llegó el día.

Capítulo XIII

Cuatrocientas mil gargantas rugían ensordecedoramente en las gradas del colosal anfiteatro, de forma ovoidea. No había ángulos muertos para los espectadores, si bien la mayoría usaban binoculares de aproximación semejantes a gruesas gafas. En el centro de la vasta arena y en los extremos se veían sendas mesas.

Cada mesa sostenía una serie de armas blancas, duplicada en la otra mesa. Algunas hacían estremecer sólo con mirarlas.

Bajo las gradas, en uno de los vestuarios, los comisarios neutrales que se encargarían de vigilar la limpieza de la lucha examinaban minuciosamente a los contendientes.

Trudno y Cortel saldrían a la arena vestidos únicamente con un breve pantalón. Ni siquiera llevarían los pies calzados. Dos médicos les reconocieron y auscultaron concienzudamente, examinando también sus uñas, para ver si alguno de ellos se había colocado algún veneno bajo las mismas.

El color del pantalón de Trudno era rojo. El deCortel era azul. Pero no hacia falta semejante dato para identificarlos. La capucha de Cortel le hacía destacar fácilmente de su adversario.

Los reconocimientos dieron fin. El comisario jefe indicó que ya podían salir a la arena.

Cortel sonrió bajo la capucha y alargó la mano hacia su adversario.

—Buena suerte, Trudno —le deseó.

—Lo mismo digo, Cortel —contestó Trudno, soportando sin pestañear el fortísimo apretón de manos del encapuchado, que le pasaba casi un palmo de estatura.

Cortel se marchó acompañado de sus respectivos comisarios. Hasta allí llegaba el penetrante rugido de la multitud.

Uno de sus comisarios le tocó en el hombro.

—Estoy listo —asintió Trudno.

Una carretilla eléctrica le llevó hasta la arena, a través de una

larga serie de túneles encementados. Cuando asomó por una puerta situada al nivel del suelo, se oyó un aterrador bramido, emitido a la vez por cuatrocientas mil gargantas.

Trudno lanzó una mirada hacia los dos enormes postes verticales, situados en el centro del palenque, de más de cincuenta metros de altura y separados entre sí por una distancia análoga. Los postes estaban unidos por una sólida cinta de metal, de un palmo de anchura. Debajo de ellos se divisaba un gris cuadrilátero de cemento, elevado de la arena cosa de un metro.

Se situó junto a la mesa de las armas. Su rival estaba en el lado contrario, a ciento veinte metros.

Los altavoces emitieron un profundo alarido:

—¡Primer asalto: espada gigante!

Trudno agarró su espada, larga de dos metros y con un doble filo estremecedor. Alguien gritó por su nombre tras él.

—¡Ray!

Trudno se volvió. Inclinada sobre el parapeto, en la primera fila, Camila agitaba un pañuelo. Trudno la correspondió, agitando la mano.

Ella le arrojó el pañuelo, que ondeó por el aire. Trudno lo recogió con la mano izquierda. En uno de sus ángulos divisó de pronto un cuadrado blanco.

«Lánzalo contra la espada de Cortel», decía la inscripción grabada con lápiz negro en el recuadro.

Trudno miró a la joven y sonrió. Agitó el pañuelo y la multitud rugió entusiasmada. Era un gesto de simpatía que los espectadores no podían por menos de aplaudir.

Sonó una campana. Los contendientes avanzaron el uno al encuentro del otro.

Trudno y Cortel alcanzaron el centro del cuadrilátero gris. Cortel rió burlonamente bajo su máscara.

—Seré breve —dijo—. No quiero hacerte sufrir.

Durante un instante, los dos adversarios se contemplaron en silencio. Luego, de súbito, Cortel saltó hacia adelante con la espada en alto.

Trudno le aguardó a pie firme. El silencio se había hecho en el estadio y ahora hubiera podido oírse el vuelo de una mosca.

La espada de Cortel descendió silbando. Trudno arrojó a lo alto

el pañuelo, tal como Camila le había indicado. El pañuelo no parecía ser obstáculo para aquella arma tan temible.

La espada tocó el pañuelo y se deshizo súbitamente en miles de cristalinos fragmentos, mientras que el pañuelo se convertía en humo. Cortel quedó sólo con la empuñadura de metal.

La multitud rugió entusiasmada. Trudno sonrió satisfecho. Ahora le tocaba a él.

Avanzó hacia adelante, con la espada horizontal, la punta hacia su adversario. Cortel retrocedió sin perderle de vista.

—¿Te entregas? —preguntó Trudno.

Cortel meneó la cabeza.

—Has empleado un truco miserable —dijo.

—Todos los medios sirven —contestó Trudno—. Recuérdalo bien.

—En ese caso… —murmuró Cortel.

De pronto, con ademán velocísimo, se quitó el cinturoncillo de los pantalones y, blandiéndolo como un látigo, golpeó la espada de Trudno, que se convirtió también en un montón de cristales. El cinturón flameó brevemente antes de convertirse en humo.

—También yo tenía un cinturón con descohesionador molecular —dijo riendo, mientras los aplausos atronaban el estadio.

* * *

Los altavoces anunciaron el siguiente asalto:

—¡Lanzas voladoras!

Trudno se escupió en las palmas de las manos y, después de frotárselas, agarró aquella descomunal lanza, larga de seis metros y de punta tan afilada como una aguja. En la empuñadura tenía los mandos de propulsión y gobierno.

Esperó unos instantes. Luego el comisario jefe dio la orden:

—¡Adelante!

Trudno presionó el mando de propulsión y la lanza se elevó, llevándole consigo. En el lado opuesto, Cortel había despegado también.

Los dos contendientes se dirigieron raudamente a su mutuo

encuentro, las lanzas horizontales, listas para matar. En el último instante, Trudno picó casi en vertical, pasando por debajo de Cortel, y remontándose acto seguido para caerle desde arriba.

Pero Cortel no era un zoquete. Adivinó la maniobra, se contorsionó agilísimamente y se proyectó casi en vertical hacia arriba, buscando el bajo vientre de Trudno.

Un grito general se escapó de todas las gargantas. Parecía que Trudno iba a ser ensartado como un pollito.

En el último instante, Trudno se echó a un lado y la lanza pasó rozándole el muslo izquierdo. Refrenó súbitamente la marcha de su arma-vehículo y golpeó con la contera la sien de su adversario.

Cortel salió despedido a un lado. Aturdido en parte, cayó dando volteretas, mientras la lanza se escapaba de unas manos sin fuerza.

Un grito unánime se escapó de todos los espectadores. Cortel caía al suelo desde más de cien metros de altura.

Trudno se lanzó en picado, acelerando el mecanismo propulsor de su lanza. Rebasó a Cortel y alcanzó la lanza de su adversario, agarrándole con la mano libre.

—¡Cortel! —gritó.

Los ojos de su contrincante le miraron agónicamente desde detrás de su máscara. Trudno le arrojó la lanza y Cortel se asió a ella con la desesperación de un náufrago.

Se oyó un aplauso unánime. Cortel consiguió refrenar su marcha, aunque no pudo evitar un aterrizaje bastante brusco, que le dejó dolorido y malparado. No obstante, se puso en pie y, tambaleándose, levantó una lanza tronchada por el golpe para defenderse de su adversario.

Trudno aterrizó pocos metros más allá.

—Se ha agotado la carga de la batería de mi lanza —dijo.

El comisario jefe dio por terminado el asalto. El combate se debía proseguir en igualdad de condiciones.

—Treinta minutos de descanso—anunció; y su anuncio fue repetido por todos los altavoces del anfiteatro.

Hábiles masajistas cuidaron de los músculos de ambos contendientes. Trudno tomó como único reconfortante un par de tragos de buen vino; no quería pastillas reforzantes ni drogas estimulantes de ningún género.

Camila entró en el vestuario con ojos brillantes.

—Has estado maravilloso, querido —dijo, tendiéndole ambas manos.

—Ha habido un poco de suerte —confesó él, modestamente.

—Pudiste haber derrotado a tu rival definitivamente. ¿Por qué no lo hiciste?

—Tengo mis planes —respondió Trudno evasivamente.

Ella le dirigió una penetrante mirada.

—Los cuales, por supuesto, te guardas para ti.

—Por ahora —sonrió él, sentado sobre la mesa de masaje.

—Confías demasiado en ti, Ray —le reprochó Camila.

—¿Acaso teparece mal lo que he hecho?

—No. Te has ganado las simpatías del público…, pero de nada te servirá eso si Cortel te corta el gaznate.

Trudno se echó a reír.

—¡Qué bien hablas el terrestre! —dijo. Saltó al suelo—. Anda, vuelve a tu localidad; dentro de cinco minutos tengo que estar en la arena.

Camila asintió. Trudno, de repente, alargó la mano.

—Gracias por el pañuelo descohesionador —dijo.

Ella sonreía.

—Me figuré que Cortel podría emplear un truco semejante —contestó.

—Y lo empleó, en efecto.

Uno de los comisarios asomó la cabeza por la puerta.

—Trudno, es la hora —dijo.

—Sí, ya voy. —Trudno fijó los ojos en Camila—. Vuelve a tu sitio —indicó.

—Bien, iré, pero… ¿no estará Sylvia por algún lugar del estadio?

Trudno sonrió sibilinamente.

—Estará contemplando la pelea por la televisión —respondió.

Camila suspiró.

—¡Mujer afortunada! —exclamó, mientras Trudnosoltaba una alegre carcajada.

* * *

El locutor anunció:
—¡Látigos teleguiados!
Trudno tomó de la mesa una cajita de control y manipuló en ella. Un enorme látigo, de tres ramales, terminados cada unoen ganchos parecidos a anzuelosde tres puntas también cada uno, se elevó de la mesa en el acto.
La longitud total del látigo era de seis a siete metros. Manteniéndolo en suspensión, Trudno avanzó hacia el cuadrilátero. Cortel se situó en el extremo opuesto.
El látigo de Cortel avanzó silbando. Trudno manejó su cajade control remoto y buscó laspiernas de su adversario, a la vez que se lanzaba hacia adelante, aplastándose literalmente contra el suelo.
Cortel dio un salto gigantesco en el aire. El látigo de Trudno pasó por debajo de sus piernas, mientras el suyo se alzaba como para azotar las espaldas de su adversario.
Trudno rodó agilísimamente sobre sí mismo. El látigo de Cortel chasqueó repetida e inútilmente contra el cemento. Al mismo tiempo, Trudno hacía ondear su látigo repetidas veces en el aire, con agudos chasquidos que sonaban sobre la cabeza de Cortel.
De repente, atrajo el látigo hacia sí y buscó el de Cortel. Los ramales se enredaron furiosamente. Cortel tiró de su látigo, pero ambos estaban demasiado entrelazados para soltarlos sin una tenaz labor manual.
—¡Asalto concluido! —anunció el comisario.
Trudno y Cortel volvieron a sus puestos.
La muchedumbre parecía un tanto desencantada. Trudno lo advirtió. Querían más emociones.
—¡Por turno, una flecha teledirigida! —bramaron los altavoces.
Un comisario adjunto se acercó a Trudno y lanzó una moneda al aire. Trudno eligió cara y perdió.
—Cortel disparará primero —se anunció por los altoparlantes.
Ahora Trudno debía esperar a pie firme el disparo de su adversario. Sólo cuando la única flecha hubiese rebasado las tres cuartas partes de la arena podría empezar a moverse.
Trudno avanzó unos cuantos pasos por delante de la mesa y esperó. A ciento veinte metros de distancia, Cortel puso su arco en tensión y disparó una flecha de metro y medio de longitud.
El proyectil surcó zumbando los aires. Dejaba tras sí una leve

estela humosa, a fin de ser visto por todos los espectadores.

Trudno permaneció impasible mientras la flecha volaba raudamente a su encuentro. La multitud calló.

Durante un par de segundos, nadie dijo nada. Camila se retorcía las manos nerviosamente.

La estela de humo se hallaba ya a cinco pasos de Trudno cuando éste, con agilísimo movimiento, se lanzó a un lado. El proyectil lo rebasó furiosamente y fue a estrellarse en la base del muro que separaba la arenade la primera fila de espectadores.

Un alarido de unánime satisfacción se escuchó en el estadio. A Trudno le correspondía ahora disparar su tiro.

Se acercó a la mesa y tomó el arco, grueso y potente, de más de dos metros de longitud. En el centro de la empuñadura tenía los mecanismos de dirección. Cogió la flecha, puso la muesca en la cuerda y tensó el arco.

Capítulo XIV

La flecha partió silbando. Merced a la estela humeante, Trudno podía seguir perfectamente su trayectoria.

Mantuvo el arco en las manos. Al otro lado, Cortel aguardaba, ligeramente encorvado, las manos separadas del cuerpo, las piernas flexionadas, listo para saltar a un lado u otro, según la trayectoria de la flecha que se le acercaba velocísimamente.

En el último instante, Trudno hizo que la flecha ascendiese en vertical por encima de la cabeza de su adversario. Cortel levantó la vista, asombrado.

La flecha se remontó a diez o doce metros sobre su cabeza, inició el descenso y trazó una suave curva vertical. Cortel se dio cuenta de que iba a ser acometido por la espalda y echó a correr.

Trudno refrenó deliberadamente la velocidad del proyectil. Cortel corría desolado delante de la flecha. Los espectadores reían alborotadamente. El jolgorio era ensordecedor.

De pronto, Cortel se revolvió, se ladeó y alargó ambos brazos. Agarró la flecha con ambas manos y la partió en dos con seco movimiento.

La multitud aplaudió. Cortel saludó elevando los brazos. Trudno hizo lo mismo.

Pero el siguiente asalto ya no iba a ser cosa de risa.

— ¡Duelo a cuchillo en la pasarela sobre el charco ardiente! — anunciaron los altavoces.

Trudno tomó de la mesa un largo cuchillo, más parecido a un machete, así como una especie de manto, que se echó al hombro. Metió el cuchillo en el cinturón de sus pantalones y se dirigió hacia el poste más cercano.

Había una escalera de peldaños metálicos en el poste, por la que empezó a ascender al mismo tiempo que su adversario lo hacía por el lado opuesto, equipado de idéntica manera. Mientras el cemento del cuadrilátero, merced a un mecanismo especial, se partía en dos

mitades, que se deslizaban suave y silenciosamente a ambos lados, dejando ver una enorme piscina repleta de líquido inflamable.

Trudno alcanzó la pequeña plataforma que había en la cúspide del poste. Delante de él, tenía una angosta pasarela de metal, cuya anchura no era superior a un palmo. El líquido de la piscina se encendió de pronto.

Era el asalto final. El perdedor, si no moría a causa de la cuchillada de su adversario, caería al líquido ardiendo.

Trudno y Cortel se miraron. Luego, paso a paso, avanzaron sobre la pasarela hasta encontrarse en el centro. Bajo ellos ardían diez mil metros cúbicos de líquido.

Los dos contendientes se contemplaron mutuamente separados por un par de pasos. Los ojos de Cortel fulguraban bajo su máscara.

—Esto es el fin, Trudno —avisó.

—Para uno de los dos —respondió el joven sosegadamente.

—No te perdonaré la vida —dijo Cortel—. Yo no pienso ser tan tonto como tú.

—Lo tendré en cuenta. Y ahora ¿por qué no atacas ya?

Cortel se tiró a fondo súbitamente. Trudno lanzó hacia adelante su manto y envolvió el cuchillo de su adversario, pero éste retiró la mano vivamente y consiguió mantener el arma.

La pasarela oscilaba ligeramente. Era preciso tener los cinco sentidos en lo que hacían. El menor traspié podía lanzarlos al infierno que ardía bajo ellos.

Cortel tiró su segundo viaje. Trudno loparó mediante un fortísimo golpe transversal con su cuchillo, que hizo tañer musicalmente los aceros. Cortel notó la vibración dolorosamente hasta el hombro y masculló una interjección.

Trudno continuaba a la espera. Le parecía la actitud más conveniente.

Cortel se encorvó. Súbitamente, se tiró a fondo, pero como si fuese a lanzarse al agua. Trudno saltó verticalmente, alzando las rodillas hasta su mentón.

Cortel se deslizó unos metros sobre la cinta de acero. Trudno cayó y giró en el acto, mientras la multitud rugía de entusiasmo.

Trudno esperó a que su adversario se pusiera en pie. Cortel avanzó dos pasos hacia él.

—Sabes luchar bien —dijo Cortel.

—No puedo quejarme —sonrió Trudno—. Oye, ¿tu máscara es incombustible?

Cortel respingó.

—¿Por qué dices eso?

—Era un comentario sin trascendencia. Total, para lo que te ha servido… Frankie D'Arly…

—¿Cómo me has reconocido? —gritó el mercenario.

Trudno sonrió.

—Todos nosotros sabemos bien los trucos de los demás —contestó—. Puedes taparte la cara, por supuesto, pero ¿puedes ocultar también tus doscientos diez centímetros de estatura y tus ciento veinte kilos de peso? Además tienes la mala costumbre de reír con demasiado estrépito… ¿Por qué diablos empleaste el truco de la máscara?

—¿No crees que eso da cierto aliciente a la lucha?

—Tal vez, pero a mí me deja indiferente. ¿Piensas ganar la guerra para Khammys?

—Por supuesto. Para eso estoy aquí, ¿no?

Y, de súbito, sin previo aviso, D'Arly saltó hacia arriba y cayó de nuevo sobre la pasarela, haciéndola oscilar fuertemente con el impacto de sus ciento veinte kilos de peso.

Cogido por sorpresa, Trudno osciló. Desesperadamente, trató de conservar el equilibrio, pero otro salto de D'Arly, haciendo retemblar nuevamente la pasarela, acabó por lanzarle al vacío.

Un rugido de espanto se escapó a la vez de cuatrocientas mil gargantas humanas.

* * *

Camila se puso en pie al observar la caída de Trudno. En el último instante, sin embargo, Trudno, que había dejado escapar el cuchillo y el manto protector, se agarró con ambas manos al borde de la cinta metálica.

Los espectadores contemplaban ávidamente la escena. Trudno estaba perdido.

El duelo era a muerte. A D'Arly le bastaría pincharle con su

cuchillo en los nudillos para hacerle soltar su asidero y lanzarlo al líquido ardiente, que burbujeaba infernalmente a cincuenta metros más abajo.

D'Arly se acercó a Trudno paso a paso. Sonreía bajo la máscara.

—Esto es el fin —dijo.

—¡Espera un momento! —pidió Trudno—. No hagas nada sin antes saber la verdad de lo que ocurre.

—No me vengas con cuentos. Has perdido… e Hippion ha perdido la guerra. Me esperan diez millones de talentos. ¿Crees que puedo perdonarte?

—Cometerás un error si lo haces, a Khammys no le será reconocida su victoria, aunque me lances al estanque ardiente.

—¿Cómo puedes decir semejante estupidez? —gruñó D'Arly.

—Deja que me ice a la pasarela y te lo explicaré. Ésta no es la posición más adecuada para explicaciones, D'Arly.

El mercenario vaciló un momento. Luego, de repente, exclamó:

—¡Al diablo!

Y alzó la mano, dispuesto a descargar el golpe fatal.

La multitud contenía el aliento. Un segundo más y el cuchillo cortaría las manos de Trudno.

En aquel momento, Trudno hizo una ligera flexión hacia arriba. Se soltó una brevísima fracción de tiempo y saltó lateralmente, justo en el momento en que el cuchillo caía silbando.

El acero no encontró su blanco. D'Arly vaciló un instante, perdido el equilibrio y acabó por caer hacia adelante.

Un chillido de horror se escapó de su garganta. Trudno estiró la pierna derecha.

—¡Agárrate, Frankie!

Los mercenarios eran gente de reflejos rapidísimos. D'Arly se contorsionó en el aire y se aferró con ambas manos al tobillo de su antagonista.

—Ayúdame —pidió con voz suplicante.

—Trepa por mí. Yo no podré mantenerme así demasiado tiempo —contestó Trudno, con la cara bañada en sudor por el esfuerzo.

D'Arly flexionó los brazos,sustentadopor la fuerza prodigiosa de Trudno, que no cedía a la suya. Poco a poco, fue subiendo por él, como si fuese el tronco de un árbol hasta alcanzar la pasarela.

La multitud exhaló un suspiro de alivio. Pero casi en el acto ese

suspiro se trocó en un grito de horror.

Apenas se vio a salvo, D'Arly giró en redondo y golpeó con el pie la cara de Trudno, lanzándolo al vacío.

—¡Todos los medios sirven para ganar! —aulló, exultante de satisfacción, mientras su adversario caíavolteando al abismo llameante.

* * *

En el último instante, cuando Trudno estaba ya a pocos metros de las llamas, una sombra dorada cruzó el espacio.

Era Camila. La joven había dado de lado todos sus escrúpulos y apenas vio la difícil situación deTrudno, sosteniendo a su adversario, decidió emplear su cinturón antigravitatorio.

Extendió los brazos.

—¡Ray! —gritó.

Trudno alargó sus manos, cogiéndose a las muñecas de la joven. El peso de Trudno afectó al cinturón antigravitatorio y ambos descendieron bruscamente, pero el impulso era suficiente y cayeron fuera del estanque en llamas, rodando luego por la arena.

Un unánime grito de alegría se escapó de todas las gargantas. Arriba, D'Arly hizo una mueca de rabia.

Trudno miró a Camila, tendida en el suelo a pocos pasos de distancia.

—Tu planeta ha perdido la guerra, a causa de tu gesto —dijo.

—Lo sé —contestó ella serenamente—. Y no me importa en absoluto.

Trudno se puso en pie y alargó una mano hacia ella. El gentío prorrumpió en aplausos.

—He perdido el combate, pero he conseguido el favor de estas gentes —dijo sonriendo.

D'Arly descendía por el poste, mientras la gente le cubría de improperios. Se quitó la máscara y sacó la lengua burlonamente.

—¡Pero yo he ganado la guerra! —gritó.

—Ha triunfado, sí —dijo Camila—. Y yo creo que él saltó y te tiró fuera, tú te dejaste caerdeliberadamente.

—Es cierto —admitió Trudno.

—¿Por qué? —preguntó ella, ajena al tumulto que en las gradas.

Porque Hippion merece perder la guerra —contestóél sin pestañear.

CAPÍTULO XV

Un secretario abrió la puerta del despacho y se echó a unlado.

—Pueden pasar —dijo.

Trudno y Camila se pusieron en pie y avanzaron hacia el despacho donde les esperaba el primer viceministro.

Nr'swinl les contempló ceñudamente.

—Hippion ha perdido la guerra —dijo, sin más preámbulos—. Podría admitirse que fuese a causa de su derrota, señor Trudno, pero ¿qué decir de esa traidora a su propia patria?

Camila permanecía serena, aunque muy pálida. Trudno dijo:

—Perdón, señor. Aunque ella no me hubiera salvado, y eso es algo que siempre le agradeceré, ustedes debían perder la guerra. ¡Yo la perdí deliberadamente! Confié en que D'Arly me atendiese, cuando pendía de la cinta metálica, pero él no quiso hacerme caso. Ése es el único error que cometí.

—No diga tonterías, Trudno. D'Arly le derrotó en toda regla.

—Hippion había perdido ya la guerra, insisto. La perdió cuando usted puso en funcionamiento los muñecos mecánicos de Snazz, calculando aproximadamente la hora de mi entrevista. Usted era el tipo rubio que me seguía por las calles de Asbro. ¿Lo recuerda?

Nr'swinl se quedó de piedra. Impasible, Trudno continuó:

—¿Quién, sino una alta autoridad podía suspender mi investigación temporal acerca de Nr'quax, el hombre que intentó asesinarme? Lo malo para usted, Nr'swinl, fue que la suspendió demasiado tarde y todavía llegué a tiempo de ver entrar a Nr'quax en su casa, para recibir instrucciones… y una sustanciosa paga por quitarme de en medio. ¿Se atreverá a negar la evidencia?

Hubo una corta pausa de silencio.

Trudno siguió:

—Antes de morir, Snazz quisodecirmealgo sobre Grann. Lo supe cuando llegué a aquel planeta. Se trataba de la pirámide observatorio, escondida entre espinos. ¿Quién la situó allí? ¿Qué

observaciones registraba la pirámide automáticamente? La respuesta es simple: el movimiento orbital de Khamm III, el satélite que Hippion desea captar para modificar sus órbitas en torno a su estrella-sol, Cisne V. A Khammys no le sirve para nada, excepto para provocar uncasus belli, ganar una guerra… y exprimir a Hippion durante veinticinco años.

»Lo averigüé cuando hice una visita a Khamm III y realicé mis propias observaciones. Sí, ciertamente, Hippion recibiría un gran beneficio, porque sus temperaturas mejorarían y, por tanto, mejorarían las condiciones de vida del planeta, un poco duras, desde luego, según los módulos corrientes. Pero a Khammys le interesaba más recibir su tributo anual de ciento veintidós mil millones de talentos… con su ayuda para perder esa guerra, Nr'swinl.

»¿Lo hizo por dinero, Nr'swinl? Claro, ¿qué otro motivo podría alegarse? Con la perspectiva de un tributo anual de ciento veintidós mil millones, Khammys podía ser generoso con usted. Además, el primer ministro dimitiría… y usted ocuparía su puesto. ¿Cree que en Khammys no conocen la verdad… que no saben que, insensiblemente, Khamm III se está desviando naturalmente de su órbita y acercándose a Hippion?

Nr'swinl estaba anonadado.

—¡Pero nadie más lo sabe! —gritó de pronto.

Se puso en pie y lanzó un aullido.

—¡D'Arly!

El mercenario apareció por una puertecita lateral. Llevaba en la mano una pistola radiante.

—¡Mátelos, a los dos! —rugió Nr'swinl.

D'Arly apretó el gatillo. El proyectil se estrelló contra la barrera de energía de Trudno.

Hubo un violento chispazo. Trudno, a su vez, movió la mano relampagueantemente.

Una bola de cinco centímetros de grosor cruzó el espacio y se estrelló contra el escudo de energía de D'Arly. Al choque, la electricidad almacenada en la bola se expandió súbitamente y quemó el escudo.

D'Arly quedó sin protección. Trudno disparó entonces su pistola radiante. D'Arly, aturdido por el enorme chispazo, no pudo

reaccionar.

El mercenario se convirtió en una nube de humo. Nr'swinl, aterrado, extendió las manos, pidiendo piedad.

—¡No me mate! —gimió.

Trudno le miró severamente.

—Otros se encargarán de usted —dijo—. ¿Cree que el primer ministro no está enterado de su traición? Pero Khammys tampoco ganará la guerra, porque violó las reglas, al servirse de usted para que les ayudase a despojar a Hippion.

La puerta se abrió en aquel instante. Con ojos desorbitados, Nr'swinl contempló a los hombres armados que avanzaban hacia él.

Trudno agarró a Camila por el brazo. Lo que iba a suceder allí ya no les interesaba.

Mientras salían, oyeron la voz del oficial que mandaba el pelotón:

—Bocq Nr'swinl, convicto y confeso de traición a su país, es usted condenado a muerte. La sentencia se cumplirá en el acto…

Trudno cerró la puerta, mientras Nr'swinl dejabaescapar su último alarido de terror.

* * *

—Cuando delirabas, dijiste que me querías. Bien, demuéstralo ahora contestando que sí a mi proposición de matrimonio.

—Pero tú tienes novia…

—¿Qué novia?

—Sylvia, esa chica cuyo nombre pones siempre en tus astronaves.

Trudno se echó a reír.

—Te dije que era una mujer maravillosa, ¿no?

—Sí —contestó ella, amostazada.

—Cariño, tus hijos siempre dirán de ti que su madre es una mujer maravillosa.

Camila comprendió en el acto.

—¡Oh! Es tu madre —dijo, sonriendo.

—Sí. Ahora cambiaré el nombre de mi nave…

—¡No! Déjalo como está. Me conformo… con cambiar yo de apellido.

Trudno sonrió mientras la encerraba entre sus brazos.

—Tú también eres una mujer maravillosa —dijo, a la vez que se inclinaba para besarla.

Era el remate adecuado de su victoria.

FIN